

263572 -1
2 Es.

Leonora Esquivel Frías

*El sentimiento de respeto
en la ética de Kant*



Tesis que se presenta para obtener
el grado de Licenciado en Filosofía

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

México, 1998 COLECCION DE FILOSOFIA

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

FACULTAD DE FILOSOFIA Y
LETRAS



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
I. El papel del sentimiento en la ética precrítica	7
II. El respeto como remanente del sentimiento en la ética	47
III. La educación, vía desatendida para fomentar el respeto	73
BIBLIOGRAFÍA	95

Dedico esta tesis a mis padres, quienes en espíritu nunca me han abandonado.

A mi tía, a mi abuela y a mi primo, por su inmenso cariño.

A mis amigos, por compartir conmigo el sinsentido de la existencia y por haberse convertido en mi familia espiritual.

Al amor de todos aquellos que han sabido manifestarlo en su momento.

A mí misma, por haberlo logrado.

Agradezco enormemente a Isabel Cabrera su paciente y acertada asesoría, su carácter tranquilizador, que me impidió caer en la desesperación, y la oportunidad de haberla tenido como maestra.

A Margarita Valdés, por sus sugerencias y la amistad que se inició a través de mis padres.

A Laura Manríquez y Gustavo Ortiz Millán, quienes me ayudaron con todo lo referente a la computación para que la tesis tuviera este aspecto final.

A la UNAM, la cual siempre ha desempeñado un papel importante en mi historia personal.

Introducción

La teoría moral de Kant ha ocupado, durante mucho tiempo, un puesto importante en la filosofía; esto es cierto aun cuando haya sido blanco tanto de críticas como de halagos. Mucho se le ha objetado al llamado formalismo ético e incluso hay quienes catalogarían a Kant de frío y racionalista *Verstandensch.* Consciente de estas críticas, mi interés en esta tesis es ahondar en su filosofía moral y averiguar hasta qué punto tienen razón esas opiniones. Hacer una tesis sobre el problema del respeto en la ética kantiana significa tratar de entender por qué el máximo representante del formalismo introdujo en su filosofía moral un elemento que, si bien surge de la razón, tiene las características de un sentimiento.

El tema me parece importante pues representa un acercamiento a la ética de Kant por vías distintas de las que se suelen emplear. En esta investigación comenzaré por hacer un recorrido histórico que nos ubique en la época que formó intelectualmente a Kant. Conocer un poco de las principales teorías éticas que estaban en boga a finales del siglo XVIII contribuirá a distinguir los elementos que Kant adoptó de otros pensadores, y la manera en que fue modificándolos hasta distanciarse de una manera que, a simple vista, podría parecerse radical.

En el primer capítulo analizo la influencia que tuvieron sobre Kant algunos pensadores como Rousseau y los moralistas ingleses: Shaftesbury, Hutcheson y Hume, en quien me detengo un poco más porque, en mi opinión, es indispensable para

contrastar y explicar la postura inicial de la ética precrítica de Kant, en la que el sentimiento desempeña un papel fundamental.

Entre 1764 y 1781, es decir, antes de la *Crítica de la Razón Pura*, Kant escribió en materia de ética, una serie de obras conocidas como precríticas. Lo más interesante de estos escritos es la teoría, común a casi todos ellos, de que el sentimiento es el fundamento de la moralidad. En esta etapa, Kant consideraba que el sentimiento era un criterio para reconocer lo que es "valioso por sí mismo" y una capacidad natural de nuestra constitución como seres sensibles.

Si bien al principio está clara la influencia de Rousseau y los moralistas ingleses y también es evidente la simpatía que tenía Kant por la doctrina del "sentimiento moral" —según la cual no era necesario basar la moralidad en argumentos, ni confrontar el sentimiento moral con el juicio moral—, con el transcurso de los años se empieza a vislumbrar, en las obras precríticas, cómo surge la dificultad de derivar obligaciones a partir de sentimientos. Kant se dio cuenta de que los sentimientos no pueden dar lugar al conocimiento de la obligación ni al juicio formal sin ir acompañados de ciertos principios formales. Así, agregando algo nuevo a la doctrina de los moralistas ingleses, Kant intentó salvar la brecha existente entre sentimiento, acción y obligación.

En el segundo capítulo examinaré cómo la crítica que Kant hace a la ética empírica, a la que considera incapaz de derivar obligaciones, lo lleva a

alejarse de su primera propuesta moral. Los sentimientos explican los motivos que nos llevan a actuar, pero resultan insuficientes si queremos establecer deberes morales. Ésta es la razón por la que Kant comenzó a trabajar en una propuesta mucho más formal, y con ello a alejarse de sus primeras influencias.

No obstante, Kant estaba consciente del valor *motivacional* del sentimiento, y esto lo obligó, en su ética madura, a dar un lugar al sentimiento del respeto como motivo subjetivo de la acción moral.

Así, aunque es cierto que Kant se distanció de la teoría moral de los ingleses, no dejó de reconocer el importante papel que desempeña el sentimiento dentro de la moralidad; cabría decir, incluso, que le otorgó la característica de ser motor de la acción. Para llevar a cabo la acción moral necesitamos un fundamento racional y un sentimiento que nos impulse a actuar; Kant concentró este último en el sentimiento del respeto.

Kant se dio cuenta de que un concepto racional no basta para impulsarnos a la acción, sobre todo en asuntos morales; pero como había rechazado directamente el sentimiento, apeló a él de modo indirecto diciendo que el contenido racional del deber suscita en nosotros el sentimiento del respeto y que éste nos lleva a actuar. Dicho sentimiento no es otra cosa que el resultado de la conciencia de la ley moral, es decir, se genera en tanto que somos conscientes de tener obligaciones morales; el respeto surge cuando nos representamos la ley moral. El sentimiento de respeto es el efecto subjetivo de la

propia ley moral o, como dice Kant, la propia ley pero representada subjetivamente.

El paso siguiente, que ocupa el tercer y último capítulo, es más problemático: suponiendo que por medio de la razón práctica ya hemos reconocido la ley moral y que esta ley nos suscita respeto, ¿cómo puede adquirir este sentimiento de respeto la fuerza suficiente para llevarnos a actuar moralmente? En mi opinión, Kant tenía razón al señalar que podemos actuar motivados por el respeto a la ley moral —aun cuando tengamos muchas inclinaciones en contra—; sin embargo, creo que sólo podemos lograrlo remitiéndonos a una posibilidad en la que Kant no se adentró: la educación; ésta es una vía para fomentar el respeto, de modo que se presente siempre que reconozcamos el valor moral de una máxima y con la fuerza suficiente para convertirse en motor de la acción moral.

El último capítulo habla precisamente de la clase de educación necesaria para hacer que el individuo reconozca las leyes morales y actúe conforme a este reconocimiento. En una obra titulada *Über Pädagogik*, Kant realizó un pequeño análisis en torno a cómo debería ser la educación para forjar mejores individuos; ahí subrayó, de manera especial, el aspecto autónomo de la misma. Lo fundamental, dice Kant, es que el educando actúe conforme a principios. En esta parte de la investigación he dirigido mi atención a la forma en que la educación interviene para fomentar dichos principios. Si logramos relacionar una acción moral con el sentimiento del respeto, nuestra disposición a actuar

moralmente surgirá con mayor facilidad. La clave está en entender que el respeto es inseparable de la acción moral y, para que esto sea factible, debemos presentarlo así desde la educación temprana. En esto difiero de Kant, quien no vio la posibilidad que tiene la educación de ayudar a un niño a representarse el deber moral para que así comience a afianzarse en el respeto por la ley moral.

La idea central de mi investigación es que nosotros sentimos respeto hacia la ley moral porque la reconocemos como algo cuyo cumplimiento nos aproxima al perfeccionamiento, y es de ahí de donde se deriva la fuerza motora de este sentimiento para movernos a la acción. La encargada de cultivar este sentimiento es la educación moral y, en materia de ética kantiana, su tarea no ha sido suficientemente estudiada. Esta tesis es una revisión histórica del concepto de respeto en Kant, de sus antecedentes como sentimiento moral en la ética precrítica y del papel que tiene en la ética madura como motivo de la acción moral; y concluye esbozando una solución que podría convertir al respeto en un motor capaz de impulsarnos a la acción moral.

CAPÍTULO I

El papel del sentimiento en la ética precrítica

Al comienzo de la segunda mitad del siglo XVIII circulaban en Europa las doctrinas éticas de los moralistas ingleses y la de Rousseau. Los apuntes de Kant acerca de la moralidad, que datan de la séptima década, muestran que estaba familiarizado con esos autores.

Para comprender el desarrollo del pensamiento kantiano en materia de ética, es necesario percatarse de que tanto los moralistas ingleses como Rousseau fueron factores importantes en dicha formación. Todos ellos se opusieron al énfasis que la "Filosofía de la Ilustración" daba a la razón; los primeros, con su doctrina del "sentimiento" o "sentido moral", mostraron más interés por el problema de los sentimientos y su expresión; mientras que el segundo hizo una interpretación más intuitiva del hombre en su teoría del "hombre natural". De cualquier manera, ambos pretendían reivindicar el papel de las emociones en la vida humana y construyeron una filosofía moral enfocada a tal fin. Explicaremos brevemente en qué consisten estas doctrinas con el propósito de ver la repercusión que tuvieron en la ética kantiana.

En la primera mitad del siglo XVIII, algunos filósofos británicos argumentaban que la facultad por la cual distinguimos entre el bien y el mal morales es el sentido moral (*moral sensu*). Consideraban

que este "sentido" (*sensu*) moral intrínseco era una facultad separada, así como el oído y la vista son "sentidos" o "facultades". Observar un caso de acción virtuosa provoca en nosotros un sentimiento de placer o satisfacción que nos permite distinguir esa acción como virtuosa. De igual manera, una acción viciosa nos provoca un sentimiento de dolor o disgusto que nos permite distinguirla como viciosa. Este "sentido moral", pues, nos motiva a perseguir la virtud y a evitar el vicio.

El precursor del "sentido moral" fue Shaftesbury (1671-1713), pero el desarrollo sistemático de la doctrina quedó en manos de sus sucesores: primero Francis Hutcheson (1694-1746) y posteriormente David Hume (1711-1776).

Los defensores del sentido moral sostenían que éste, además de ayudarnos a distinguir lo correcto de lo incorrecto desde un punto de vista moral, cerraba la brecha entre conocimiento moral y comportamiento moral, y nos daba un motivo para este último. En la medida en que el conocimiento moral (*moral knowledge*) consista en sentimientos (*sentiments*) de placer y desagrado, la posibilidad de disfrutar o evitar estas sensaciones será motivo suficiente para perseguir la virtud y evitar el vicio. Si el conocimiento moral no fuera una cuestión de sentimientos, sería factible que alguien supiera que cierta acción es virtuosa y, sin embargo, no tuviera un motivo para realizarla. Más adelante veremos la postura de Kant ante esta teoría y, para tal efecto, la compararemos con la de Hume.

Otra doctrina que influyó en el pensamiento ético de Kant fue la de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) sobre el "hombre natural", originariamente íntegro, biológicamente sano y moralmente recto, por lo tanto no malvado, no opresor y justo, la cual se desarrolla a partir de la antítesis que, según Rousseau, existía entre la sociedad contemporánea y la naturaleza humana. La civilización europea había sacrificado las demandas morales de la naturaleza humana al superficial encanto de una cultura meramente intelectual, y había reemplazado sus necesidades naturales por artificiales. La uniformidad de este comportamiento artificial que exige la sociedad a sus miembros los hace soslayar "los deberes del hombre y las necesidades naturales". Según Rousseau, por más instintiva que hubiera sido la vida del hombre primitivo, era una vida feliz en tanto que el "salvaje" sabía cómo vivir de acuerdo con sus propias necesidades. Una vez que se abandonaba ese "estado primitivo", ya jamás se podía volver a él.

Habiendo diagnosticado la enfermedad de la civilización moderna, Rousseau se enfrentó a la tarea de sugerir la cura, y esto lo llevó al terreno de la educación y la política, actividades que estaban —o debían estar— enraizadas en la naturaleza moral del hombre. Estaba convencido de que el hombre es bueno por naturaleza —y por ser bueno entendía el existir conforme a las leyes naturales—; sin embargo, sostenía Rousseau, ha sido corrompido por el surgimiento de la sociedad. El educador debe darse cuenta de que "el vicio y el error, ajenos a la constitución del hombre, provienen del exterior" de ahí

que haya que proteger al educando de las nocivas influencias externas.¹

Si bien es cierto que el principio fundamental de la "naturaleza buena del hombre" se deriva inicialmente de una intuición personal, Rousseau asegura que puede reforzarse mediante la observación y el análisis psicológico.

Kant sentía una gran admiración por el estilo literario de Rousseau y siempre reconoció la deuda intelectual que tenía con él; esto se manifestó en especial respecto de la doctrina de la dignidad del hombre con independencia de su posición social, y respecto de su concepción del "educador de la humanidad". Ulteriores escritos de Kant dan prueba innegable de que jamás abandonó estas ideas particulares. Fue Rousseau quien trajo a Kant "al buen camino", quien lo liberó de la sobreestimación del puro pensamiento e hizo que su filosofía se orientara de nuevo hacia la conducta.

La primera referencia concreta a Rousseau se encuentra casi inmediatamente después de que escribió las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* (1763). Si en las *Magnitudes negativas* (1763) leemos la siguiente observación: "Ellas, las masas, nada saben, nada entienden, pero hablan de todo...";² en las *Bemerkungen*,³ redactadas aproximada-

¹ Las referencias a Rousseau están tomadas de los vols. 7 y 8, pp. 218-224, de *The Encyclopedia of Philosophy*.

² I. Kant, *Magnitudes negativas*, tomado de *Theoretical Philosophy 1755-1770*, p. 238, 2:200.

³ *Bemerkungen zur den Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen* es el título de estos apuntes, de los cuales podemos conocer algunos extractos que se encuentran en la edición francesa de las *Observaciones sobre lo bello y lo sublime*.

mente en 1764 o 1765 y que constan, en su mayor parte, de las notas que escribió en una copia intercalada de las *Observaciones*, ya se advierte la influencia fuerte de Rousseau cuando Kant señala, refiriéndose a la cita anterior: "Hubo un tiempo [...] en que despreciaba a las masas, que nada saben. Rousseau me ha corregido. Este ciego prejuicio desaparece y aprendo a respetar a los hombres..."⁴

Influido por la idea de Rousseau de que "el hombre natural" había sacrificado sus demandas morales al superficial encanto de la cultura intelectual, Kant reconoce que, independientemente de su grado de preparación, los hombres son valiosos en sí mismos y, como tales, deben ser respetados.

Ideas como ésta seguirán presentes en la obra ética kantiana aun cuando más adelante surja un distanciamiento respecto del planteamiento central de Rousseau.

Con la finalidad de contrastar y explicar la posición inicial de la ética precrítica de Kant, nos detendremos en uno de los moralistas ingleses que también se interesó en dar una respuesta al problema del fundamento de la moral: David Hume.

La gran diferencia entre Hume y Kant, en lo que se refiere al pensamiento moral, fue la respuesta que dieron a la pregunta de si es posible distinguir entre bien y mal sólo por la razón, o si se requieren otros principios.

⁴ Esta cita, original de las *Bemerkungen*, puede encontrarse en I. Kant, *Leciones de ética*, p. 291.

Es necesario diferenciar, por un lado, la idea de que la razón por sí sola no puede mover la voluntad y, por el otro, la idea de que la razón por sí sola no puede reconocer el valor moral. La razón puede bastar para que yo reconozca que una acción es valiosa y, sin embargo, este reconocimiento puede no ser suficiente para que yo realice dicha acción. Hume parece sostener que la razón, por sí misma, no puede reconocer el bien, puesto que requiere del sentimiento, ni puede mover la voluntad, pues se requiere del deseo.

Las decisiones morales generan y previenen acciones; pero la razón, como ya dijimos, no tiene tal poder, por eso las decisiones morales no son decisiones de la razón, y, por ende, para Hume no son percibidas como ideas, sino como impresiones. Dicho de otra manera: hacer un juicio o una declaración moral es tener una impresión y no una idea. Hume afirma que las impresiones en cuestión son sentimientos o pasiones y de este modo concluye que la fuente de la moralidad es el sentimiento y no la razón.

Hume afirma que la moralidad tiene naturalmente una influencia sobre las pasiones y las acciones humanas y que los hombres son movidos a hacer algo porque sienten que es bueno o correcto, o a no hacerlo porque sienten que es malo o que no deberían hacerlo. Estas consideraciones son decisivas para producir o impedir la acción.

La moral excita las pasiones y produce o impide acciones. La razón por sí misma es

totalmente impotente en este particular. Las reglas de moralidad, por lo tanto, no constituyen conclusiones de la razón.⁵

Dada la influencia motivacional de las conclusiones o juicios morales, no podría llegarse a ellos mediante la razón, ya que "un principio activo [motivos y deseos son principios activos, es decir, funcionan como motores de la acción, mientras que la razón, principio inactivo, no tiene esa característica] no puede estar fundado nunca en uno inactivo".⁶ Con esto, Hume supone establecido el rasgo "inactivo" de la razón y piensa que ha probado que el mero llegar a creer algo mediante el razonamiento no es nunca suficiente para producir o impedir una acción: se necesita también una propensión o una aversión.

Para Hume, nuestros deseos o aversiones son, en sí mismos, sentimientos; el sentimiento, pues, no se descubre por el razonamiento, sino simplemente porque es sentido. Lo que Hume postula es un "sentimiento" (*sentiment*) distintivo de "aprobación moral", que nos lleva directamente al argumento de que realizar ciertos tipos de acciones produce un tipo especial de placer, y realizar otros tipos de acciones un tipo especial de dolor; por tanto, tenemos una propensión natural a llevar a cabo las primeras y a evitar las segundas. "No queda sino experimentar un sentimiento de censura o aprobación, a partir

⁵ David Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, p. 296.

⁶ *Ibid.*

del cual decidimos si la acción es viciosa o virtuosa.”⁷ Hume señala que la impresión surgida de la virtud es algo agradable y que la procedente del vicio es desagradable, y es la experiencia la encargada de convencernos de ello.

Ahora, la cuestión consiste en ver que no cualquier tipo de sentimiento agradable o desagradable puede tomarse como criterio de “virtuoso” o “vicioso”. Tiene que haber, por lo tanto, una distinción entre los sentimientos específicamente morales y otros sentimientos placenteros o desagradables. La respuesta de Hume es que el tipo de placer se distingue por *el modo como se siente*. Por ejemplo, el placer que experimentamos al beber un vaso de buen vino —dice Hume— es un placer de carácter puramente hedonista; en cambio, el que sentimos al escuchar una bella pieza musical es un placer estético. Captamos de inmediato la diferencia que existe entre los dos tipos de placer y no hay riesgo de que consideremos que el vino es armonioso o la pieza musical sabrosa.

De igual manera, lo mismo puede proporcionar satisfacción un objeto inanimado que el carácter o los sentimientos de una persona. Pero es el modo diferente de sentir la satisfacción lo que evita que nuestros sentimientos al respecto puedan confundirse; y es también esto lo que nos lleva a atribuir virtud al uno y no al otro. No todo sentimiento de placer o

⁷ D. Hume, *Investigación sobre los principios de la moral*, Apéndice 1, p. 159

dolor surgido de un determinado carácter o acciones pertenece a esa clase *peculiar* que nos impulsa a alabar o condenar.⁸

Hume nos dirá, entonces, cuándo el sentimiento agradable o desagradable puede tomarse como criterio de "virtuoso" o "vicioso". El primer caso es cuando surge de una consideración desinteresada de una acción humana.

Las buenas cualidades de un enemigo nos son perjudiciales, pero pueden suscitar en nosotros estimación y respeto. Únicamente cuando consideramos determinado rasgo en general, sin ninguna referencia a nuestro particular interés, provoca un sentimiento tal que hace que se le llame moralmente bueno o malo.⁹

El "desinterés" se refiere al hecho de que nosotros podamos reconocer como valiosa una acción, independientemente de que su consecuencia pueda sernos nociva en lo personal.

El segundo caso es cuando ese sentimiento resulta universalizable, es decir, que no es sólo nuestro, sino que es un sentimiento con el que simpatizarían la mayoría de los hombres en las mismas circunstancias.

La noción de moral implica un sentimiento común a toda la humanidad que recomienda el

⁸ D. Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, libro III, parte 1, sec. 2, p. 305
⁹ *Ibid.*

mismo objeto a la aprobación general y hace que todos los hombres, o la mayoría, coincidan en la misma opinión o decisión respecto a él.¹⁰

Al hablar de juzgar desinteresadamente la moralidad de una acción y proponer, a su vez, un sentimiento universal que sirva como criterio de "virtuoso" y "vicioso", Hume rechaza la teoría que explica todo sentimiento moral por principios egoístas, y propone "la adopción de una afección más pública", con el fin de admitir que "los intereses de la sociedad no son, en sí mismos, indiferentes para nosotros".¹¹

En las *Investigaciones sobre los principios de la moral*, Hume emplea el término "utilidad" como "una tendencia hacia cierto fin" y dice que:

es una contradicción que algo nos plazca como medio hacia un fin, si el fin mismo no nos afecta en modo alguno. Por lo tanto, si la utilidad es una fuente del sentimiento moral y si no siempre se considera esta utilidad con relación a uno mismo, de ello se sigue que indirectamente a nuestra aprobación y nuestra buena voluntad todo lo que contribuya a la felicidad de la sociedad. Este principio explica, en gran medida, el origen de la moralidad.¹²

¹⁰ D) Hume, *Investigación sobre los principios de la moral*, sec. 9, parte I, p. 139

¹¹ *Ibid.*, sec. 4, parte I, p. 81; parte II, p. 95; sec. 9, p. 140.

¹² *Ibid.*, sec. 5, parte II, p. 83.

La mayor parte de las acciones o cualidades personales que aprobamos son útiles a la sociedad o tienden a producir el bien de la humanidad. A causa de su "utilidad" aprobamos la justicia, la obediencia a la ley, la fidelidad y la lealtad, así como la generosidad, la caridad y la moderación. Todas estas características contribuyen al bienestar de la humanidad y por ello tenemos hacia ellas sentimientos de aprobación. En este sentido, la utilidad resulta placentera (en tanto que sentimiento de aprobación), pues, según Hume, "experimentamos como un principio de la naturaleza humana el tener sentimientos benéficos hacia el prójimo".¹³

Al haber expuesto parcialmente el pensamiento humeano sobre el sentimiento moral nos hemos acercado a la postura que Kant mantuvo en esta etapa de su ética precrítica lo cual nos servirá también para subrayar algunas de las principales diferencias entre ambos filósofos.

A continuación me propongo exponer y entresacar, en primer lugar, todos los textos precríticos que denotan la influencia de los ingleses para después detenerme en los textos que se fueron alejando de esa posición y sugiriendo una propuesta ética alternativa.

Haremos, pues, un recorrido por las obras precríticas de la ética kantiana, en las cuales el sentimiento desempeña un papel fundamental en la moralidad, con la finalidad de mostrar al lector por

¹³ *Ibid.*, p. 83, nota 1.

qué en un principio esta idea resultaba tan atractiva para Kant.

La primera obra precrítica de Kant donde la moral se asocia con los sentimientos es el ensayo conocido como las *Magnitudes negativas*, escrito en 1763. En ese texto, Kant emplea la frase *moralisches Gefühl* de tal modo que es difícil identificarla con el "sentimiento moral" de Hutcheson. En obras posteriores, por ejemplo en el *Ensayo premiado* (1764), la frase hace referencia a un sentimiento moral inanalizable (*unauflösliches*) o sentimiento de la moralidad, pero en este pasaje Kant intenta relacionar este sentimiento moral con una ley interior innata.

El Vicio (*Untugend*) (*demeritum*) no es una mera negación, sino una virtud negativa (*meritum negativum*). Pues el vicio puede existir sólo dentro de un ser con una ley interior (sea la mera conciencia o el conocimiento de una ley positiva), contra la que se actúa. Esta ley interior es una causa positiva de una buena acción, [...]. Un animal irracional no practica la virtud. Pero esta omisión no es un vicio (*demeritum*), pues no hay acción contra ley interior alguna. El animal no fue llevado a una buena acción por un sentimiento moral interior.¹⁴

¹⁴ I. Kant, *Magnitudes negativas*, en *Theoretical Philosophy...*, p. 221, 2:183-184. El original en alemán dice *inneres moralisches Gefühl*.

Así, aunque el respeto sea un sentimiento, es un sentimiento propio sólo de los seres racionales. Ésta es una idea que anticipa en qué sentido Kant se separa de Hume. Para Kant, se trata de un tipo de sentimiento que sólo los seres racionales tienen, hay, por consiguiente, la idea de que la razón tiene un papel importante como condición de posibilidad del sentimiento mismo, algo que en Hume está ausente.

La dificultad radica en que no se definen ni la ley interior ni el sentimiento moral, pero todo parece indicar que uno u otro, o los dos, se consideran una fuerza motora natural de la acción. No se dispone de elementos suficientes para dar una contestación exacta; sin embargo, la importancia de este ensayo radica en el intento de igualar "sentimiento moral" y "ley interior".

Otra obra que contiene importantes observaciones sobre ética, aunque éste no haya sido su tema central, es *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, escrita en 1763 y publicada en 1764. Me parece que es aquí donde Kant muestra la mayor influencia de los moralistas ingleses y de Rousseau en especial.

En las *Observaciones*, Kant distingue entre "cualidades morales" y "disposición virtuosa". Existe una gran cantidad de cualidades morales que alabamos en los hombres, pero la cuestión de la virtud, del valor de la persona en tanto que agente moral, es algo que no hace referencia a si posee o no tales cualidades.

Esto condujo a Kant a la idea de que una acción conforme a la virtud no es lo mismo que una acción *por* virtud, es decir, una acción llevada a cabo porque sea correcta. Sólo esta última tiene verdadero valor moral. Es así como en las *Observaciones* se vislumbra un punto central de la doctrina crítica, según la cual el valor moral del agente radica en el hecho de actuar por virtud y, curiosamente, el actuar "por principios" de Kant se parece al "desinterés" del sentimiento moral que Hume señala: algo es valioso no porque a mí me reporte algún valor, sino porque admito que es valioso para cualquier ser humano que se encuentre en las mismas circunstancias.

En este tratado, algunas veces aparece la frase "sentimiento ético"¹⁵ y aunque no se emplea del mismo modo que el término "sentimiento moral" de los ingleses, sí denota un fuerte reconocimiento del sentimiento en la vida moral. Si bien "la verdadera virtud sólo puede descansar en principios que la hacen tanto más sublime y noble cuanto más generales, estos principios no son reglas especulativas, sino la conciencia de un sentimiento que vive en todo pecho humano..."¹⁶

Lejos de responder a la visión general de ser un frío racionalista que no apreciaba los sentimientos humanos, Kant muestra, en esta obra, la estre-

¹⁵ Aparece indistintamente *moralisches* o *sittliches Gefühl*, lo que hace pensar que el significado de la frase es igual en todos los casos.

¹⁶ I. Kant, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, p. 21.

cha relación de la moralidad con un sentimiento hacia el género humano.

En consideración a la debilidad de la naturaleza humana y del escaso poder que había de ejercer sobre el mayor número de los corazones el sentimiento ético general, ha colocado en nosotros la Providencia, como suplemento de la virtud, cierto sentimiento delicado que puede empujarnos a la acción.¹⁷

Esta cita sugiere lo que será el problema de la segunda parte de la investigación: si el respeto como sentimiento es capaz de volverse un motor de la acción (y es ésta la razón por la cual Kant aún le concede un lugar al sentimiento en su ética), cabe la posibilidad de que sea un sentimiento demasiado débil para producir por sí solo la acción.

En su obra *The Development of Kant's View on Ethics*, Keith Ward nos hace ver que, aun cuando Kant continúe con la distinción entre "principios" e "impulsos" y afirme que el hombre verdaderamente virtuoso actúa por principios universales, parece entender por "principio" simplemente un sentimiento *invariable* —"El noble motivo permanece y no está tan sujeto a la inconstancia de las cosas exteriores."¹⁸ Así, el sentimiento moral se caracteriza por su "invariabilidad" y "por la generalidad de sus

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 26.

aplicaciones".¹⁹ Esto último resalta otra semejanza que tiene con Hume, quien hablaba también de un sentimiento moral "común a toda la humanidad" y de una "aprobación general" hacia ciertas acciones, por parte de todos los hombres.²⁰

En otra parte de las *Observaciones*, Kant se muestra convencido de la necesidad de las emociones como factores que hacen posible la apreciación:

No se tiene razón cuando se acusa de *no entenderlo* a quien no ve el valor o la hermosura que nos conmueve. Trátase aquí no tanto de lo que el *entendimiento* comprende como de lo que el sentimiento experimenta. Tienen, sin embargo, las facultades del alma tan grande conexión entre sí que, las más de las veces, de las manifestaciones de la sensibilidad pueden deducirse las condiciones intelectivas. Vanas resultarían las dotes del intelecto para quien al mismo tiempo no tuviese un vivo sentimiento de lo bello y noble, sentimiento que sería el móvil de aplicarlas bien y con regularidad.²¹

Lo que más sobresale de la cita anterior es la idea de que el entendimiento por sí mismo no nos hace capaces de comprender el punto de vista del otro en cuestiones de captar "la hermosura o el va-

¹⁹ Keith Ward, *The Development of Kant's View on Ethics*, p. 24

²⁰ Véase la nota 11.

²¹ I. Kant, *Observaciones...*, p. 33

lor que me conmueve". Justamente porque es algo distinto de la comprensión intelectual, ésta puede realizarse únicamente por medio de los sentimientos. Esto remite tal vez a la idea kantiana del sentimiento moral como algo compartido: el punto de vista del otro respecto de opiniones de índole valorativa puede comprenderse a través del sentimiento. Aquí, como en otras partes de su ética precritica, a Kant no se le presenta el problema de derivar obligaciones de este sentimiento; puede explicar algunos aspectos de la conducta humana sin recurrir a principios formales sino de un modo más "empírico" o vivencial, de acuerdo con la forma como ocurren las cosas.

Podríamos decir que, en las *Observaciones*, Kant se percató de que la moral sugiere tanto elementos racionales como emocionales. Sin embargo, aun cuando Kant buscaba principios "universales", para construir su teoría ética no buscó principios formales no emocionales de la moralidad: encontró la base para tales principios en "el sentimiento de la belleza y la dignidad de la naturaleza humana". Recordemos que, para Kant, los principios en los que descansa la verdadera virtud no son reglas especulativas, sino "la conciencia de un sentimiento que vive en todo pecho humano".

La influencia de Rousseau y de los moralistas ingleses es evidente en esta obra, sobre todo al reconocer la importancia de la dignidad del hombre y el papel central que tienen los sentimientos en la vida moral.

La frase final de las *Observaciones*, que atribuye a la educación la posibilidad de "elevar temprano el sentimiento moral en el pecho de todo joven ciudadano a una sensibilidad activa",²² sugiere que cuando Kant se refiere a tener que "despertar" el sentimiento como una "sensibilidad activa", está hablando de un sentimiento moral que en principio todo ser humano tiene, pero que hay que "despertar" y "cultivar", porque podría dormirse. Esta idea nos remite a la del "sentimiento que vive en todo pecho humano" y se hará presente más adelante, cuando en el *Ensayo premiado* Kant se refiera al "sentimiento de lo bueno", el cual se da de manera natural y es parte de nuestra constitución como seres sensibles.

Precisamente, al hablar de "sensibilidad activa", creo que Kant intenta decir que tenemos naturalmente una capacidad, la cual hay que poner en marcha.

Semejante afirmación muestra la preocupación de Kant por el problema de la educación de sentimientos; insiste en la posibilidad de adoctrinar a los jóvenes a ese respecto y, curiosamente, teme que tal adoctrinamiento se lleve a cabo a través de "conceptos según reglas", lo cual privaría al educando de la espontaneidad del sentimiento. Retomaremos este punto en el tercer capítulo de la investigación.

Volviendo a la idea de un "sentimiento que vive en todo pecho humano", Kant nos dice:

²² *Ibid.*, p. 77.

No puedo conmover moralmente a nadie a no ser a través de sus propios sentimientos; debo presuponer que posee una cierta bondad de corazón [...] es posible que encuentre en sí mismo cierto sentimiento de la rectitud moral. Puede suponer que su sentimiento está de acuerdo con la raza humana.²³

Siguiendo esta línea, hace la siguiente observación: "No hay nada que pueda llamarse una inclinación inmediata a las acciones moralmente malas, pero sí una inclinación a las buenas acciones."²⁴ Coincido con Arthur Schlipp en que no es fácil encontrar razones válidas ni formales ni materiales para tal afirmación, ya que, para ser sinceros, la experiencia nos lleva a decir lo contrario. Lo que podríamos ver en esta última frase es, quizás, una prueba más de la influencia de Rousseau en el pensamiento de Kant.

En el *Anuncio de los cursos del semestre de invierno de 1765-1766*, por ejemplo, Kant hace comentarios favorables sobre los moralistas ingleses y continúa atribuyéndole al sentimiento un papel central en la moralidad. Hay en ese texto un párrafo en el que Kant emplea el término "sentimiento" sin siquiera traducirlo del inglés. Si bien sería superficial decir que Kant se ha convertido en discípulo de los moralistas ingleses, hay que aceptar que seguía impresionado por su trabajo, lo cual no impidió que se

²³ I. Kant, *Bemerkungen...*, véase la nota 3.

²⁴ *Ibid.*

diera cuenta de sus deficiencias y de la necesidad de revisarlo.

La distinción entre el bien y el mal en las acciones, y el juicio sobre la rectitud moral, pueden ser reconocidos fácil y correctamente por el corazón humano a través del llamado sentimiento.²⁵

Keith Ward dice:

Aunque es comprensible que un profesor de universidad tuviera sus dudas personales, el *Anuncio* muestra que lo que Kant había estado trabajando intensamente, y que había considerado satisfactorio para ser presentado en público, era similar a las teorías de Shaftesbury, Hutcheson y Hume, de quienes dice: "aunque incompleta y defectuosamente, han incurrido con mayor profundidad en la búsqueda de un fundamento de la moralidad y a cuyos esfuerzos se les dará la precisión y el perfeccionamiento de los que carecían". Se puede suponer que este "perfeccionamiento" será dado por los principios formales de la obligación introducidos en el *Ensayo premiado*.²⁶

²⁵ I. Kant, *Anuncio de los cursos del semestre de invierno 1765-1766*; en *Theoretical Philosophy...*, p. 297, 2:311.

²⁶ Keith Ward, *op. cit.*, p. 33

El *Anuncio* es una prueba más de la postura ética de Kant en la que se percibe que el sentimiento es visto como el fundamento de la moralidad; no se añade aquí nada que no haya sido dicho antes. Sin embargo, aun cuando Kant continúa viendo el carácter esencial del sentimiento en la conducta y reconoce la importancia de Rousseau y de los moralistas, no acepta de manera total y acrítica sus posturas.

Siguiendo con la influencia de los moralistas ingleses, ésta también se manifiesta en el primer tratado publicado de Kant, en el que, a pesar de haberse propuesto examinar temas decididamente morales, sólo dedica directamente a la ética las tres o cuatro páginas finales. Se trata de la *Investigación sobre la evidencia de los principios de la teología natural y de la moral*, escrito hacia fines de 1762 para concursar por un premio ofrecido por la Real Academia de Ciencias de Berlín y publicado por la misma en 1764.

Es propiamente en el *Ensayo premiado* donde Kant nos introduce a una etapa del pensamiento en la que la moralidad se asocia con un sentimiento particular, a la manera de los moralistas ingleses. Escribe:

Sólo en nuestros días empezamos a darnos cuenta de que la capacidad de aprehender lo verdadero es conocimiento, mientras que la de advertir lo bueno es sentimiento. Así como hay conceptos indivisibles de la verdad, de lo que se descubre en los objetos de conocimiento

considerados en sí mismos, hay también un inanalizable sentimiento de lo bueno, el cual no se descubre en una cosa, sino en relación con una criatura sensible.²⁷

Ward nos recuerda que la doctrina de la *Dilucidatio* de 1755 señalaba que los principios de no contradicción y de razón suficiente podían, juntos, proveer todo el conocimiento posible. Pero en la medida en que Kant fue aclarando la distinción entre relaciones reales y lógicas, pudo admitir la necesidad de un fundamento material "indemostrable" aunado a los principios formales del conocimiento. Es decir, llegó a admitir una clara presencia (manifestación) empírica que no podía reducirse a enunciados analíticos de identidad de sujeto y predicado, ni a deducciones del principio de razón suficiente.

En el *Ensayo premiado*, Kant sostiene que la filosofía no puede empezar, como la matemática, de simples y claras definiciones y proceder por deducciones sintéticas; por ejemplo, partir del concepto de "sustancia" y deducir, de la definición, la naturaleza del mundo. La filosofía, en cambio, debe empezar con la experiencia, analizarla y pretender dar definiciones sólo en cuanto resultados de dicho análisis.

Existe una pluralidad de diversos "conceptos elementales" que son los sujetos de juicios materiales indemostrables; la tarea de la filo-

²⁷ I. Kant, *Ensayo premiado*, en *Theoretical Philosophy...*, p. 273.

sofía es descubrirlos y enumerarlos, pero ella no puede explicar ni "probar" haciendo deducciones de principios superiores.²⁸

Más adelante dice, "el juicio, 'esto es bueno', es del todo indemostrable y es un efecto inmediato de la conciencia del sentimiento de placer que acompaña a la percepción del objeto".²⁹ Con esto parece afirmarse que cuando se percibe un objeto, si la percepción va acompañada de un sentimiento consciente de deseo (el "sentimiento de lo bueno"), se juzga inmediatamente "esto es bueno". Este carácter *indemostrable* lo es en cuanto que es lo básico, lo último, a partir de lo cual se genera la obligación moral porque ya no requiere otras razones para demostrar su valor; el sentimiento, entonces, podría ser la percepción de algo valioso "por sí mismo".

En este punto, parecería que Kant está considerando que el sentimiento es un criterio para reconocer lo que es "valioso por sí mismo"; el que ocurra este sentimiento es natural y es producto de nuestra constitución como seres sensibles.

Continúa diciendo: "Si una acción es percibida de inmediato como buena [...], la necesidad de esta acción es un principio material indemostrable de obligación."³⁰ En este punto, Kant deriva el concepto de obligación de la sensación de lo bueno, a tal

²⁸ K. Ward, *op. cit.*, p. 28.

²⁹ I. Kant, *Ensayo premiado*, p. 273. Otra traducción posible sería: "... y es un resultado directo de la conciencia del sentimiento de placer con la representación del objeto".

³⁰ *Ibid.*, p. 273.

grado que los *actos* "sentidos" como buenos llegan a ser, necesariamente, fines de la propia acción, obligaciones indemostrables. En esto, Kant parece coincidir plenamente con los moralistas ingleses. Sin embargo, señala Ward, "está agregando algo distintivamente racionalista a esta consideración de la moralidad en términos de 'sentimiento moral' y esto es la exposición de un elemento formal, un principio formal primario del juicio moral".³¹ Este "rasgo" especial de Kant es el papel que le da a la reflexión racional en las cuestiones morales. Más adelante volveremos sobre esto.

En esta importante cuestión reside la originalidad de la postura kantiana de esa época. Si bien Kant recibió cierta influencia de los moralistas ingleses, no se convirtió en discípulo suyo y, en lugar de ello, empezó a dejar entrever lo que más adelante llegaría a ser el eje de su ética formalista.

Aquí aparece otro rasgo peculiar de esta ética precrítica: se hace énfasis en las acciones —de éstas predicamos el valor moral— y no en las máximas como se hará después.

Lo más interesante de esta obra de la etapa precrítica es que, al principio, Kant muestra claramente la influencia de Rousseau y de los moralistas ingleses, otorga al sentimiento el papel central de la moralidad y no introduce ninguna necesidad de basar la moralidad en argumentos, ni de confrontar el sentimiento moral con el juicio moral. No obstante, a lo largo del texto van surgiendo indicios de que

³¹ K. Ward, *op. cit.*, p. 27.

Kant ya comenzaba a vislumbrar la dificultad de derivar obligaciones a partir de sentimientos.

Una vez que hemos hecho una aproximación a los textos que denotan una fuerte influencia de los moralistas ingleses, pasaremos a la etapa en que Kant cuestiona las teorías de sus antecesores y mostraremos el alejamiento que surge a partir de este análisis.

En el *Ensayo*, al hablar del carácter "indemostrable" de los principios materiales, Kant dice: "Nada se deriva de los principios formales primarios de nuestros juicios de verdad a menos que se den los fundamentos materiales primarios"³² pero, inversamente, sin principios formales, el fundamento material no puede producir conceptos ni, por ende, conocimiento. Kant sostiene que no es posible la moralidad sin fundamentos materiales (que encuentra en el "sentimiento moral"), pero tales sentimientos no pueden dar lugar al conocimiento de la obligación ni al juicio moral sin ciertos principios formales.

Al final del *Ensayo*, se precisa el tipo de obligación que necesita la moral cuando Kant dice que: "todas las acciones que la moralidad prescribe como subordinadas a ciertos fines son accidentales y no pueden llamarse obligaciones en tanto no se subordinen a un fin necesario en sí mismo".³³ Esto, aunque no usa la misma terminología, sí constituye el origen de la distinción entre imperativos hipotéti-

³² I. Kant, *Ensayo premiado*, p. 273.

³³ *Ibid.*, p. 272.

cos y categóricos. La exigencia del primero depende por completo del fin que deseamos alcanzar, mientras que los imperativos categóricos no dependen de nada, sea lo que fuere, sino que exigen una obediencia incondicional.

Una vez expuesto este punto, Kant procede a enunciar lo que él llama los principios formales de la obligación moral: "Obra en la forma más perfecta que puedas" y "Omite aquello con que obstaculices la mayor perfección posible". Digamos que el elemento material de la moralidad es un tipo de sentimiento que tiene lugar en la experiencia humana al percibir acciones específicas, pero son estos dos principios formales los que convierten a los sentimientos en específicamente morales, y originan el concepto base de la moralidad de "fines necesarios en sí mismos".

Al atender a estos elementos formales de la moralidad, Kant intentaba completar y reforzar la doctrina de la escuela de los moralistas ingleses; agregando sus principios formales introdujo el concepto de "obligación", que presentaba grandes dificultades tanto para los moralistas británicos como para los teóricos del "sentimiento moral" en general.

Ward fue muy atinado al señalar que el problema es que si "lo bueno" es simplemente una apreciación sensible o adscrita a causa de un sentimiento específico, se vuelve difícil entender cómo de ahí surgen obligaciones absolutas. Los sentimientos pueden movernos a la acción pero, al ser subjetivos, no pueden generar obligaciones ni prescripciones morales (con necesidad absoluta).

Tanto para Hume como para Kant, el sentimiento moral es compartido; sin embargo, según Kant, eso no era suficiente para derivar de ahí obligaciones; él consideraba indispensable una reflexión racional y el acuerdo con principios racionales. A Hume, en cambio, no le interesaba desprender obligaciones de lo que él llamaba "un sentimiento de aprobación moral"; Hume hablaba más bien en términos de "propensiones naturales a actuar".

El principio formal que Kant ofrece como refuerzo a una teoría del sentimiento moral pretende salvar la brecha entre sentimiento, acción y obligación, estableciendo la regla general de que se debe realizar cualquier acción que sea "sentida inmediatamente como buena"; pero el contenido material de la moralidad, la creencia de que ciertas cosas y hechos son buenos debe, según él, derivarse del sentimiento (irreducible sentimiento de lo bueno).³⁴

Esto coincide con lo que había dicho en un pasaje de las *Observaciones*, donde se pone de manifiesto el reconocimiento básico de la necesidad de una fuerza motriz emocional, un reconocimiento que no disminuye aun cuando la verdadera conducta moral radique en "el actuar por principios".

Los hombres que obran según *principios* son muy *pocos*, cosa que hasta es muy conveniente, pues con facilidad estos principios resultan equivocados y entonces el daño que de ello se

³⁴ El *unanföhrliches Gefühl des Guten* ha sido traducido al inglés como *unanalisable feeling for the good* y, al español, como "irreducible sentimiento de lo bueno".

deriva va tanto más lejos cuanto más general es el principio y más firme la persona que lo ha adoptado. Los que obedecen a *bondad espontánea* son *muchos* más, y está bien, aun cuando no pueda ser contado como un mérito particular de la persona.³⁵

Hay aquí cierta duda respecto a la seguridad infalible de la acción por principios, pues si los principios aceptados son equivocados, resulta peor que si no se hubiera actuado por principios.

Lo pertinente ahora es preguntarse en qué sentido pueden ser equivocados los principios. Kant no dice nada al respecto, pero podemos pensar que esto ocurre cuando el "sentimiento invariable" equivoca su referencia. El hombre puede cometer este error al ver su propia conveniencia y hacer depender este principio de un sentimiento sujeto únicamente a las circunstancias exteriores. Tal vez uno pueda engañarse, adoptar un motivo innoble como principio y acatarlo sin darse cuenta de que lo que hacemos no puede aplicarse a la generalidad, sino que más bien sirve a nuestros propios intereses.

El párrafo final del *Ensayo premiado* vuelve a arrojar la incertidumbre respecto a los principios:

los principios supremos de la obligación necesitan primero aún una determinación más precisa; la carencia de la cual es mayor en la filosofía práctica que en la especulativa, ya

³⁵ I. Kant, *Observaciones...*, p. 34.

que debe decidirse primero si en última instancia es la facultad de conocer o el sentimiento (la primera, base interna de la facultad de desear) lo que determina los principios primarios.³⁶

Esta cita parece indicar el proceso de reflexión que llevará más tarde a Kant a diferenciar el papel del sentimiento del de la razón en cuestiones morales.

El que finalice con esta indecisión muestra que, aun en sus primeras teorías éticas, Kant no se dejó convencer por las ideas de los moralistas ingleses. Les agradecía haber reforzado su propia convicción acerca de la necesidad del sentimiento en la experiencia moral y coincidía con ellos en diferenciar el sentimiento moral de otros sentimientos, pues, de no hacerlo, cualquier sentimiento placentero podía convertirse en moral (algo que no deseaban ni los ingleses ni Kant); pero no se comprometía con remitir esta diferencia a una facultad especial que aludiera a un "sentido" moral separado y distinto que existiera como criterio junto a los otros sentidos.

Lo anterior muestra el estado de duda en que se encontraba Kant en lo tocante a las ideas acerca de la moralidad. Esta incertidumbre podría hacernos creer que se ha vuelto en contra de Rousseau y de los moralistas ingleses y empieza a ver la dificultad de edificar una teoría ética sobre el "sen-

³⁶ I. Kant, *Ensayo premiado*, p. 275.

timiento moral". Pero tal interpretación es arriesgada, primero, porque hay que pensar que Kant no ha desarrollado con claridad una alternativa al sentimiento y, segundo, porque en obras posteriores al *Ensayo premiado*, Kant retoma ideas de los ingleses y de Rousseau al comentar el papel fundamental del sentimiento en la moralidad.

Lo que sí está claro es que, en el *Ensayo*, no sólo se concibe el sentimiento moral como impulsor de la acción, sino que también se esboza la posibilidad de derivar obligaciones y deberes a partir de los señalamientos de ese sentimiento mediante la reflexión racional. Kant comenzó entonces a hacer su propia propuesta ética.

En el *Ensayo premiado*, Kant aborda el asunto de que, sin una reflexión racional y el acuerdo con principios racionales, el sentimiento moral no lograría derivar ninguna obligación, es decir, rechaza la idea de que los sentimientos materiales tengan el carácter de obligación y postula que el conocimiento de ésta se deriva tanto de los principios formales como de los materiales.

Cuando Kant agrega estos principios formales, introduce el concepto de obligación, el cual establece una clara diferencia con Hume. Según este último, tenemos un "sentimiento de aprobación moral", del cual parte el argumento de que ciertas acciones nos producen un tipo especial de placer, y otros tipos de acciones un tipo especial de dolor; por consiguiente, por una *propensión natural* llevamos a cabo las primeras y evitamos las segundas. Sin embargo, de este sentimiento de aprobación no se

desprende ninguna obligación, sino más bien una propensión a actuar.

Kant reconoce que el hombre es una criatura mitad sensibilidad y mitad racionalidad. Los impulsos sensibles son un factor determinante en muchas de sus acciones y el papel de la razón, en estos casos, es el que le asignó Hume: es la esclava de las pasiones. Sin embargo, hay una clase de acciones en las que la razón se comporta como conductora. Éste es el género de las acciones morales, las cuales tienen la característica de comprometernos no por interés a un fin ulterior, sino simplemente por el principio que engloban.

Kant creía que sólo a través de los sentidos aprendemos a conocer el mundo y que nuestros procesos perceptuales afectan la manera en que el mundo se presenta ante nosotros, pero estaba convencido de que el escepticismo de Hume, según el cual lo *único* que podemos conocer son nuestras sensaciones, era insostenible: El éxito de la ciencia newtoniana no podría explicarse en términos de cómo la gente siente o asocia habitualmente las ideas. Debe haber una base objetiva o fundamento que explique cómo las teorías científicas establecen leyes que regulan el mundo y por qué la ciencia ha funcionado así. En general, como sabemos, para Kant las afirmaciones subjetivas son contingentes y nos dicen más de la persona que las enuncia que del mundo. Las afirmaciones objetivas, en cambio, no dependen de la persona; funcionan universalmente para cualquiera. Si los juicios morales no son simples enunciaciones de sentimientos subjetivos, de-

ben tener también un fundamento objetivo. Lo que Kant discutirá con Hume será, precisamente, la posibilidad de juicios objetivos, teóricos y morales.

No queda claro si el conocimiento moral son sentimientos o juicios sobre estos sentimientos: el conocimiento parece formarse necesariamente de creencias; pero, ¿cómo puede un sentimiento convertirse en creencia? Para Kant, esto último resulta imposible, ya que los sentimientos, por ser subjetivos, no pueden considerarse un argumento, y las creencias, en cambio, son disposiciones que cualquiera puede compartir. En el siguiente capítulo estudiaremos la posibilidad de derivar un argumento moral a partir de un sentimiento.

El texto donde se desarrollan más ampliamente estas ideas es *Sueños de un visionario*, escrito en 1766 e inspirado en el trabajo y en los escritos de Swedenborg. Esta obra muestra la transición de una teoría ética basada en el sentimiento moral, a una fundamentación formal de la moral.

En un pasaje del segundo capítulo, Kant identifica el "sentimiento de la moralidad" con el "sentimiento de dependencia de la voluntad privada respecto de la voluntad general" y dice:

el sentimiento de la moralidad sería justo este *sentimiento de dependencia* de la voluntad privada respecto de la voluntad general y sería consecuencia de la natural y general

reciprocidad a través de la cual el mundo inmaterial alcanza su unidad moral.³⁷

Supongo que con el término "inmaterial", Kant se refiere al disperso mundo de las voluntades, que alcanzan su unidad sólo a través de ese sentimiento.

En esta frase hay elementos emocionales y reflexivos. Por un lado, la conducta moral es una obligación del individuo y, por otro, la moralidad debe expresar la "voluntad general". Hay, pues, una especie de "unidad de la razón" entre los seres racionales, proveniente de una fuerza que nos impulsa a establecer una concordancia entre nuestros juicios y los de los demás. Prosigue Kant:

Dado que la moralidad de la conducta concierne a la condición interna de la mente, muy naturalmente puede producir el efecto adecuado a una moralidad perfecta sólo en la sociedad inmediata de los seres racionales.³⁸

Esto se parece a lo que Hume reconocía acerca del sentimiento moral: su posibilidad de generalizarlo. La diferencia radica en que en Kant es la reflexión racional la que hace posible su universalización.

El aspecto que resalta aquí es que las raíces de la conducta moral deben buscarse en una actitud

³⁷ I. Kant, *Sueños de un visionario*, en *Theoretical Philosophy...*, p. 323, 2:335.

³⁸ *Ibid.*, p. 323, 2:336.

interior. Es importante que Kant haya visto que "sólo en la sociedad inmediata de los seres racionales" (directores de sí mismos) pueda tener efecto la moralidad de la conducta. Sin considerar lo que inicie una moralidad perfecta (que según Kant residía en la "condición interna de la mente"), parece claro que el único efecto adecuado de tal conducta moral debe ocurrir en el ámbito de las relaciones sociales.

Ante la posible pregunta de cómo una moralidad que es fundamentalmente una condición interior del espíritu puede tener una implicación social necesaria, Kant ha dado la respuesta. Schlipp dice lo siguiente:

Ha insistido en la cualidad emocional de la moralidad en su carácter individual, interior, indivisible y analizable; pero ha mostrado también el carácter de respeto a los otros y la importancia de los procesos de la reflexión racional.³⁹

En esta etapa, el desarrollo de su pensamiento presenta dos problemas que Kant necesita resolver: primero, el problema heredado por los moralistas ingleses de cómo pueden los sentimientos materiales tener el carácter de obligación. Segundo, el problema heredado por los racionalistas de cómo pueden los principios básicos de la obligación — enunciados en el *Ensayo premiado*—, al ser meramen-

³⁹ A. Schlipp, *La ética precrítica de Kant*, p. 102

te formales, llegar a ser la fuerza motriz de la acción.

La posible solución a estos problemas la esboza Ward:

En los *Sueños*, Kant apela a la doctrina de dos mundos diferentes, el sensible y el inteligible. Los principios formales de la razón se interpretan como las leyes de acción de seres intelectuales y los sentimientos morales se entienden como las manifestaciones sensibles de este sistema de relaciones intelectuales. Como seres sensibles experimentamos una especie de "sentimiento de constricción" (obligación) que, como miembros racionales del mundo espiritual, nos imponemos a nosotros mismos.⁴⁰

Con *Sueños*, la ética kantiana tomará un rumbo diferente del que había seguido hasta entonces. Si bien en algunas obras anteriores a ésta, Kant ya insinuaba lo que sería su ética formalista, es aquí donde insiste en la importancia de los procesos de la reflexión racional. No es que los hubiera hecho a un lado a lo largo de sus textos, sino que es en esta etapa de su pensamiento cuando Kant les otorga un lugar clave en su búsqueda del fundamento de la moralidad.

Hemos visto los cambios que han surgido a lo largo del desarrollo de la ética precrítica de Kant respecto del lugar del sentimiento en la moralidad.

⁴⁰ K. Ward, *op. cit.*, p. 40.

Si bien al principio éste desempeña un papel fundamental, recordemos que es porque, en ese aspecto, Kant no se interesa en derivar obligaciones del sentimiento ni en oponer el juicio moral al sentimiento.

En un principio, Kant tuvo buenas razones para apoyar el sentimiento: sin un respaldo en la emoción y el sentimiento, la moral racional no lograría mover la voluntad. En *Sueños de un visionario*, por ejemplo, Kant intentó dar una solución al problema de cómo pueden los principios básicos de la obligación, al ser meramente formales, llegar a ser la fuerza motriz de la acción, apelando al hecho de que, como seres sensibles, experimentamos una especie de "sentimiento de obligación" que nos impulsa a la acción.

Sin embargo, una postura semejante lleva aparejado el problema siguiente: ¿cómo pueden los sentimientos materiales tener el carácter de obligación?

El paso decisivo de una teoría ética ligada a las emociones, a otra dirigida por la razón, lo da Kant en la *Disertación inaugural* de 1770. Si bien, en ese texto, el interés de Kant es casi exclusivamente epistemológico, cuando se ocupa de los problemas de la moralidad los cita decididamente como pertenecientes a la esfera del "intelecto puro". En su primera referencia al asunto, dice que "los conceptos morales [...] son conocidos, no por la experiencia, sino por el mismo intelecto puro".⁴¹

⁴¹ I. Kant, *Disertación inaugural*, en *Theoretical Philosophy...*, p. 387, 2:395.

Con el término "intelecto puro", Kant destaca el rasgo eminentemente intelectual de la moralidad, pues ha caracterizado lo "puro" como la ausencia de rasgos materiales —sensibles o empíricos. "Puro", en este contexto, es *a priori*. De manera positiva quiere decir originado en la razón misma y como tal, universal y necesario; de manera negativa hace referencia a lo que es independiente de la experiencia. ¿Cómo llegó Kant a la afirmación de que los conceptos morales "son conocidos no por la experiencia"?

Desde que se interesó por la teoría del "sentido moral", se le planteó el problema de determinar qué autoridad puede tener para nosotros si es como cualquier otro sentido. Ya habíamos dicho que es un sentido de tipo moral y su autoridad descansa en la moralidad que nos hace conocer. Entonces, ¿podemos estar seguros de que lo que satisface el sentido moral es verdaderamente moral? A pesar de que Kant reconocía la indemostrabilidad de las reglas de obligación, no dejó de preocuparse por la existencia de normas morales. Para obtener estas normas, Kant necesitaba un método, así como hacer una clara distinción entre la aprehensión sensible y la construcción intelectual.

El método de la metafísica acerca de lo sensible y lo intelectual se reduce a este precepto: se ha de evitar cuidadosamente que los principios propios del conocimiento sensible

traspasen sus límites y afecten lo intelectual.⁴²

Lo que Kant quería hacer era mantener la moralidad libre, no del contagio de los sentidos, sino del contagio del error, el cual ocurre cuando permitimos que los conceptos sensibles (el placer, etcétera) avalen nuestros objetivos morales.

Aunque pareciera que, en la *Disertatio*, Kant rompe con sus propios puntos de vista anteriores y da un giro inesperado, yo seguiría a Schlipp, quien al respecto dice que Kant no está postulando algo completamente nuevo, sino que, más bien, esta obra le dio la oportunidad de exponer ideas que venía contemplando desde tiempo atrás, como la necesidad de un método y el papel de lo formal en la ética.

Al establecer los principios fundamentales de la razón como los principios formales que gobiernan necesariamente la organización del conocimiento, lo que hizo Kant fue rechazar abiertamente el empirismo al estilo humeano.

En este capítulo hemos aclarado las razones que tuvo Kant para sentirse atraído hacia una doctrina ética cuyo fundamento radicaba en el sentimiento; conforme nos adentramos en su obra, hemos advertido las dificultades que dicha postura implicaba y cómo, poco a poco, se fue alejando de esta idea hasta llegar a establecer los principios formales de la moralidad. Creo haber dejado claro

⁴² *Ibid.*, sec. 5, 2:411, p. 407.

los motivos que tuvo Kant para este alejamiento y la crítica que hizo a la ética empírica.

En el segundo capítulo abordaré la idea de que, a pesar de que Kant atacó la teoría moral de los ingleses, e incluso criticó a Shaftesbury y a Hutcheson por sostener que la base de la actuación moral radicaba en un tipo especial de "sentimiento moral", nunca abandonó del todo su convicción precrítica de que, dentro de ciertos límites, los moralistas ingleses estaban en lo correcto al reconocer al sentimiento un papel esencial en la moralidad.

El remanente que parece quedar de esa influencia, donde sin relación con lo sensible la razón no lograría mover la voluntad, es lo que Kant llamará "respeto". Cómo se concentra el sentimiento en forma de respeto y cómo cumple este respeto el papel de mover la voluntad es una cuestión que analizaremos a continuación.

CAPÍTULO II

El respeto como remanente del sentimiento en la ética

Nos adentramos ahora en una etapa de pensamiento en la que Kant se interesa por el fundamento racional de la moralidad y rechaza uno patológico. Kant logra esto haciéndonos sentir conscientes de que nuestra existencia sensible lleva unida, por naturaleza, el deseo de "la elevación de nuestra propia existencia suprasensible por la ley pura moral misma".¹

Así, anuncia lo que será la etapa crítica de su filosofía moral. Sin embargo, creo que, por más formal que sea la ética kantiana —e incluso el mismo Kant—, no deja de presentar una disposición a reconocer las fuentes empíricas y los incentivos de una conducta correcta. Él sabía que los sentimientos no pueden desempeñar el papel de las razones, de modo semejante a como tampoco las razones pueden desempeñar el papel de los motivos. Razones y motivos son independientes y ello, justamente, es lo que parece exigir a la moralidad un elemento *a priori*, que es de tipo emotivo. Para llevar a cabo la acción moral necesitamos un fundamento racional y un sentimiento que nos impulse a actuar.

¹ E. Kant, *Crítica de la Razón práctica*, p. 152.

Este último lo encontró Kant en el sentimiento del respeto.

Es precisamente en esta parte de la investigación donde analizaremos la característica de motor que se le da al respeto, es decir, su posibilidad de impulsar la acción moral.

Siglos atrás, Aristóteles escribió: "El pensamiento, por sí mismo, nada mueve" y definió la elección como "inteligencia apetitiva" o "apetito intelectual".² A su entender, somos agentes morales en la medida en que podemos pensar y desear. Aunque comúnmente se ha interpretado que Kant no coincide del todo con el pensamiento aristotélico, se acerca mucho a él al señalar que un agente actúa al tomar interés en un objetivo. En tanto la noción de "tomar interés" implica no sólo la presencia de un impulso, sino la consciencia de algo como objetivo posible, Kant sostiene que un interés (*Interesse*) no puede atribuirse a un ser carente de razón (*FMC*, 57).

En Kant, quien no ofrece una teoría sistemática de la acción, es difícil encontrar una relación clara entre "interés", "sentimientos", "deseos" y "motivos", lo cual es un inconveniente si pensamos que distinguir tales términos nos permitiría entender mejor su filosofía.

Tal y como Kant emplea los términos, "sentimiento" en sentido amplio (*Gefühl*) es la capacidad de experimentar atracción o rechazo, pla-

² Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, p. 75, cap. VI, II.

cer o desagrado (MC, 211), mientras que con "sentimientos" (*Gefühle*), Kant se refiere a sensaciones particulares experimentadas en un tiempo determinado. Al no estar obligados, constreñidos ni forzados por nuestros sentimientos, de nuestra voluntad depende que actuemos movidos por deseos. De hacerlo así, Kant identificará nuestra facultad de desear con apetito y nuestro interés con mera inclinación, pues lo que nos lleva a actuar, nuestro incentivo o motivo (*Triebfeder*), es el deseo de procurarnos placer y evitarnos dolor.

Kant hace otra declaración; sostiene que hay sentimientos causados enteramente por nuestra razón como "facultad superior de desear", lo que significa que ella por sí misma determina la voluntad (y no está al servicio de las inclinaciones). "Es una verdadera facultad *superior* de desear a la cual la facultad patológicamente determinable esta subordinada."³ La consecuencia de lo anterior es que podamos tomar interés *en* actuar sin hacerlo *por* un motivo meramente sensible y, al hacerlo así, tendremos un interés distintivamente *moral*.

En la exposición de Kant sigue presente la idea de un sentimiento que acompaña la práctica moral, de manera que nos preocupa actuar correctamente porque sentimos respeto a las demandas de la moralidad, pero este sentimiento del respeto descansa únicamente en nuestro previo reconocimiento de la ley moral (FMC, 27).

³ I. Kant, *CRPr*, p. 107.

Es obvio que un sentimiento como el respeto no puede deberse al estímulo de los sentidos; no podemos “sentir” el respeto de la misma manera que sentimos el frío o el calor, por ello Kant señala que está hablando de un “sentimiento distinto de la primera clase”. Si pensamos que hay otra clase de sentimientos, éstos necesariamente —siguiendo puntualmente a Kant— son los “sentimientos morales” (*moral feelings*), causados por nuestra razón, es decir, generados en tanto somos conscientes de tener obligaciones morales: “La conciencia de ellos no es de origen empírico, sino que sólo puede resultar de la conciencia, de una ley moral, como efecto de la misma sobre el ánimo.”⁴ Nuestro motivo o incentivo es, finalmente, la ley moral.

Kant criticó a otros filósofos, quienes sostenían —correctamente— que el simple hecho de pensar algo no conduce a la acción, pues antes de actuar debemos tomar interés en la realización del acto, y que, sin embargo, pretendían —incorrectamente— que la motivación radica siempre en los deseos meramente patológicos, es decir, basados en el placer o el dolor físico, lo cual implicaría que nada puede considerarse bueno a menos que haya sido previamente deseado. Concluían que el único medio para descubrir lo moralmente bueno consistía en clasificar todos los objetos empíricos que los humanos deseaban, lo que llevaba a identificar lo bueno con lo deseable. Lo “mejor” o lo

⁴ I. Kant, *Metafísica de las Costumbres*, XII, 399.

"más noble" recibía el título de "moralmente bueno". Algunos filósofos definieron el concepto de "bien moral" en términos de placer y felicidad (Epicuro), otros como un tipo especial de sentimiento o "sentido moral" (Hutcheson) y otros, en términos de perfección ontológica (Wolff y los Estoicos).

Aunque diferían en sus conclusiones, estaban de acuerdo en que podemos saber qué acciones son moralmente *correctas* partiendo únicamente de lo que consideramos *bueno*. Para Kant, los filósofos anteriores a él creían que una teoría moral comienza con la noción de lo que es "bueno" y de ahí se deriva la noción de lo que es moralmente "correcto". De hecho, la "deducción" de la *Crítica de la Razón Práctica* pretende demostrar que el objeto de la moral (lo bueno) requiere de la ley moral para su realización y reconocimiento.

Como todas estas teorías defendían la noción de bueno como algo fundamental, sólo podían ofrecer, según Kant, "principios materiales", reglas para la obtención de lo que habían definido como bueno, es decir, imperativos hipotéticos, cuya exigencia depende de la elección del fin. Así que cualquier intento de fundar la teoría moral en concepciones acerca de lo que es bueno, ocasiona solamente hedonismo y un conjunto de reglas subordinadas al principio general del amor a sí mismo o a la felicidad (CRPr, 107, 8).

La crítica de Kant hacia tales teorías puede resumirse en su idea central: La visión de que la

experiencia no puede ser el fundamento de la moralidad y "si nos dejamos inducir a convertir en principio moral algo extraído de esta última fuente, corremos el peligro de caer en los errores más groseros y perniciosos".⁵ Por ejemplo, Kant consideraba que Aristóteles era el padre de los empiristas por su teoría acerca del origen de nuestro conocimiento moral y lo refuta señalando que la "antropología", el conocimiento empírico del comportamiento humano, no nos dice nada acerca de cómo debemos comportarnos (*MC*, 406).

Aristóteles sostenía que aprendemos nuestros ideales morales imitando modelos de buena conducta. Kant estaba de acuerdo con esto: los niños aprenden imitando a los demás, pero podemos reconocer una conducta como moralmente buena sólo si tenemos, previamente, normas dadas por la razón que nos permitan identificarla como tal (*MC*, 480). En la educación moral podemos recurrir a ejemplos, pues éstos nos muestran que el comportamiento moral es posible y nos incitan a actuar correctamente, sin embargo, no sirven para dar a conocer las demandas de la moralidad, puesto que las normas morales no pueden originarse en la experiencia (*FMC*, 31).

La experiencia, dice Kant, no deja "ningún principio moral seguro, ni para servir de hilo conductor al juicio, ni para servir de disciplina al áni-

⁵ *Ibid.*, II, 215, p. 19.

mo en el cumplimiento del deber."⁶ Como hemos visto, la experiencia ofrece reglas prácticas que pueden aplicarse o no a los individuos, dependiendo de sus inclinaciones y de las circunstancias (*CRPr*, 108, 9). Pero con los preceptos de la moral, dice Kant, la situación es distinta: "Mandan a cada uno sin atender a sus inclinaciones, únicamente porque, y en la medida en que, es libre y está dotado de razón práctica."⁷ Una regla práctica que constantemente presenta excepciones es totalmente inapropiada para fungir como ley moral de conducta.

Finalmente, ni la experiencia ni la introspección ofrecen ejemplos seguros de motivación genuinamente moral. Cualquier intento de basar la moralidad en la experiencia, dice Kant, tendría como resultado su muerte (*MC*, 377).

Kant concluye que la moralidad es posible sólo si la razón por sí misma es una "facultad superior de desear" que, mediante la reflexión de su propio poder y de sus exigencias, desarrolle un sistema de conceptos y principios morales para determinar, con independencia de la experiencia y de todos nuestros deseos patológicos, lo que es bueno y nos motive entonces a alcanzarlo (*FMC*, 33).

La pregunta que se me ocurre ahora y que recoge la inquietud de Hume es la siguiente: incluso si podemos identificar algo como objetivamente bueno, ¿qué nos puede motivar subjetivamente a

⁶ *Ibid.*, 217, p. 22.

⁷ *Ibid.*, 216, p. 20.

adoptarlo como fin si no lo deseamos? Del reconocimiento de algo como valioso no se sigue necesariamente un motivo para la acción. Kant responderá a esta pregunta diciendo que la razón práctica, en su papel de facultad superior de desear, debe ser capaz de identificar lo que es moralmente bueno y, a su vez, motivarnos a adoptarlo como fin.

Ahora bien, una vez que hayamos identificado fines objetivamente buenos, ¿cómo puede la razón motivarnos a adoptarlos como nuestros fines? Como ya dijimos, según Kant, sólo los seres racionales pueden *tomar interés en* algo como un fin; los seres racionales finitos y contingentes, como nosotros, *necesitan* un incentivo para interesarse en algo y para hacer lo que deben. Kant reconoce que, para nosotros, que tenemos una naturaleza sensible, un fin siempre será producto de la inclinación, pero insistirá en que "el interés moral es un interés puro y libre de los sentidos".⁸ Así pues, nuestra razón práctica —nuestra voluntad— debe ser "una facultad superior de desear" capaz de proporcionar un motivo (*Triebfeder*) y crear un interés (*Interesse*) puramente moral que nos impulse a realizar nuestro deber.

Para Kant, el único incentivo que puede motivarnos a actuar por deber es el respeto (*Achtung*) que sentimos por la ley moral. Este sentimiento no es algo queelijamos tener o no, sino que surge inevitablemente de nuestro reconocimiento de la

⁸ I. Kant, CRPr, p. 146.

ley moral. Por lo dicho hasta ahora, queda claro que en tanto las inclinaciones conducen a la "heteronomía", ninguna acción determinada por ellas puede tener valor moral, y por consiguiente, ninguna inclinación debe interpretarse como "sentimiento moral" (recordemos la crítica a los moralistas ingleses). Aquello que distingue las inclinaciones del sentimiento moral del respeto, por ejemplo, es que las primeras "son recibidas mediante un influjo", mientras que el segundo "es un sentimiento espontáneo, oriundo de un concepto de razón".⁹

Pero, ¿qué es un sentimiento espontáneo, oriundo de un concepto de razón? Kant intenta dar respuesta a esto en la *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, diciendo que "el respeto es la conciencia de la subordinación de mi voluntad a una ley sin la mediación de otros influjos de mi sentir".¹⁰

Al decir "la subordinación de mi voluntad a una ley sin la mediación de otros influjos de mi sentir", Kant está señalando el carácter de motivo que tiene el respeto: mueve la voluntad. La subordinación logra que mi voluntad se vea atraída por aquello que respeta (logra ser motivo) sin necesidad de nada empírico.

Creo que la idea de Kant es ésta: la ley moral suscita respeto porque es buena en sí misma. La

⁹ I. Kant, *FMC*, p. 26.

¹⁰ *Ibid.*, p. 26.

objeción más común que se hace a Kant en este sentido es que la ley moral o imperativo categórico es sólo un esquema vacío; lo que resulta bueno — por sí mismo— es más bien la máxima que logra cumplir con la ley moral. Cuando alguien capta un valor moral, capta algo bueno en sí y, por consiguiente, este valor despierta en él respeto. Si nosotros preguntáramos si es la "conciencia de subordinación" la que hace surgir en nosotros un sentimiento, o si es más bien un sentimiento el que hace surgir en nosotros tal conciencia de subordinación, Kant respondería que es el mismo principio el que *subjetivamente* se presenta como respeto y el que *objetivamente* se presenta como ley moral.

La diferencia más importante entre las inclinaciones y el sentimiento del respeto no radica en sus orígenes, sino en que, cuando reconocemos que el respeto a la ley moral es un sentimiento, no le dejamos a éste la decisión de qué es el bien moral, lo que significa que el respeto no es un sentido moral. El respeto no es un criterio de reconocimiento del valor; es sólo motor de su realización. No es el sentimiento que nos provoca la representación de una acción lo que decide si ésta es o no moralmente buena; cuando se actúa por respeto a la ley, es la ley más que el respeto lo que decide qué es bueno. De este modo, el valor moral es decidido necesariamente, sólo en relación con la ley moral.

En consecuencia, en la medida en que esta ley es racional, puede aprehenderse por la razón y descubrirse *a priori*; entonces, es válida universalmente.

Como lo expresaría el mismo Kant, el sentimiento moral del respeto no es la causa de la ley moral (si lo fuera decidiría el contenido del bien moral), sino su efecto.¹¹

Debido a la frágil naturaleza humana, la ley moral debe presentárenos como una ley que constriñe, que demanda obediencia de nuestra parte. Kant ha dicho que el sentimiento del respeto "es algo que no se considera ni como objeto de la inclinación ni como objeto del temor, aun cuando tiene algo de análogo con ambos a un tiempo mismo".¹² Es análogo a la inclinación en tanto que la ley es una consecuencia de nuestra voluntad, "una ley impuesta por nuestra naturaleza racional", por nosotros mismos; son análogos en el sentido de que la inclinación y la volición son formas de "desear". Considerada *impuesta externamente*, puede provocar un sentimiento similar al temor —el cual se opone a la inclinación—, en tanto que el objeto del respeto es la ley moral y nosotros "estamos sometidos a ella sin tener que interrogar al egoísmo", es decir, sin atender a nuestros intereses personales, lo cual nos acercaría más a un imperativo hipotético. Una acción moralmente buena será aquella que se realice por respeto a la ley y eso le dará su valor único e incondicionado.

El respeto por la ley implica obedecer sus mandatos y actuar en contra de las propias inclina-

¹¹ *Ibid.*, p. 26.

¹² *Ibid.*, p. 27.

ciones cuando éstas entran en conflicto con el deber. Esto no quiere decir que el deber y la inclinación sean siempre incompatibles, sino más bien que, en algunos casos, debemos buscar su confrontación. Evidentemente, los casos que más interesan a la ética son aquellos en los que se da un conflicto entre ambos. Una acción realizada por respeto a la ley, esto es, por deber, se reconoce más fácilmente cuando la inclinación se opone notoriamente a la acción que cuando la inclinación acompaña simultáneamente al deber.

Una acción en cuya realización intervienen inclinaciones no es lo que Kant veía como una conducta contraria al deber; el verdadero enemigo de la conducta moral es una acción realizada *por* inclinaciones.

Objeto del respeto y por ende mandato, sólo puede serlo aquello que no esté al servicio de mi inclinación, sino que la domine, al menos la domine por completo en el cómputo de la elección [...] no queda, pues, otra cosa que pueda determinar la voluntad, si no es, objetivamente, la ley o, subjetivamente, el respeto puro a esa ley práctica y, por lo tanto, la máxima de obedecer siempre a esa ley, aun con perjuicio de todas mis inclinaciones.¹³

¹³ *Ibid.*, p. 26.

En el pensamiento de Kant, una acción realizada por deber puede acompañarse de inclinaciones, pero nada nos garantiza que esto sea siempre así. Tener ciertas inclinaciones depende de mi sensibilidad y de sus leyes, a las cuales estoy sujeto necesariamente, pero tener un deber es algo que decide sólo la razón, a la cual debo someterme. Esto muestra que el contenido de la inclinación y el del deber se determinan uno con independencia del otro y por eso pueden o no coincidir.

La rivalidad entre ellos surge cuando la inclinación quiere ser *el fundamento determinante* de una acción, sin considerar el hecho de que la ley es la única autorizada para serlo. Esto no quiere decir, para Kant, que una acción no pueda combinar ambos motivos; lo que quiere decir es que una acción *moralmente buena* no puede hacerse por deber y por inclinación. A los ojos de Kant, una acción moralmente buena es la que se realiza por respeto a la ley, por deber. Tal acción, cuando se *acompaña* de inclinaciones (*mit Neigung*), no disminuye ni aumenta en bondad moral. En cambio, una acción hecha (motivada) por deber y *por* inclinaciones (*aus Neigung*) carece, según Kant, de valor moral.

Un gran problema dentro de la ética surge cuando Kant hace la separación entre el deber y la inclinación.

Para Kant, si actúo por un motivo distinto del respeto, simplemente estoy haciendo algo que de antemano quería hacer. Mi acción pudo ser correcta, pero es meramente contingente que así haya

sido y, a pesar de ser correcta, no pertenece a la moralidad en tanto que fue motivada por mi deseo. Lo único que muestra una acción correcta realizada por un motivo no moral es que, al menos en este caso, mi interés y la moralidad han coincidido. En consecuencia, no merezco alabanza alguna a menos que haya actuado por respeto. Para Kant, la acción por respeto es la única que interesa a la moralidad, ningún otro tipo de motivación me haría virtuoso.

A este respecto, J.B. Schneewind¹⁴ dice que, con esta postura, Kant parece quitarle toda importancia a otros aspectos de la personalidad, pues niega el valor moral de acciones surgidas a partir de sentimientos de amor, lealtad, amistad, compasión o generosidad, y descarta una "motivación mixta" como fuente de la acción moral.

Pensemos en el ejemplo de una madre que educa y protege a sus hijos por deber y por inclinación; según Kant, ella tendría mayor valor moral si sólo actuara por deber, lo cual es extraño, pues nos parece que alguien es mejor madre si, además de hacer lo que debe, quiere hacerlo. Tal vez lo que Kant intenta subrayar es que es más valioso moralmente quien actúa únicamente por deber. Sin embargo, a nosotros nos inspira respeto la inclinación amorosa de la madre y no nos parece que demerite la acción moral. Si el rechazo que muestra Kant por la coincidencia del deber con la inclina-

¹⁴ J.B. Schneewind, "Autonomy, obligation and virtue: an overview of Kant's moral philosophy", p. 327.

ción en el reconocimiento de la acción propiamente moral se entiende sólo como un acento para precisar en qué consiste el valor moral, no hay aquí tanto de objetable como en el hecho de admitir que las inclinaciones son factores que disminuyen el valor moral de una acción.

El conflicto no radica en pensar que Kant debió contemplar que existen inclinaciones más nobles que otras —me parece que estaba consciente de ello—, sino en que estas inclinaciones, por más admirables que sean, nunca pueden ser del todo satisfechas, lo cual crea un conjunto siempre cambiante de necesidades que no siempre son conforme a la ley moral. Para Kant, las inclinaciones nos presentan una variedad de fines, los cuales pueden algunas veces coincidir con los requerimientos del deber, pero otras no.

La idea kantiana es que las inclinaciones, independientemente de lo favorables que sean al deber, no pueden ser motivos de su realización, por el hecho de que todos nuestros sentimientos e inclinaciones tienden a cambiar con el curso del tiempo. Las inclinaciones pueden acompañar al deber siempre y cuando la acción no se guíe por ellas. Decir que yo hago algo por deber y por inclinación (como ayudar a alguien que quiero) es decir que dirijo mi acción motivado por ambas cosas. La dificultad surge si la inclinación que acompaña al deber resulta indispensable para motivarme: ¿actuaría yo de la misma manera si no sintiera cariño por la persona a quien ayudo? Si respondemos

negativamente, la máxima no es "pura" (desinteresada), si respondemos de modo afirmativo, esto es, que actuaría del mismo modo, entonces mi acción es igualmente moral. Que las inclinaciones sean *motivos adicionales* no presenta conflicto alguno; el problema es que éstas sean *motivos determinantes* para la acción moral.

Ya hemos dicho que el respeto como sentimiento moral no se debe al estímulo de los sentidos, sino a la "conciencia de subordinación" de mi voluntad a una ley, por lo cual hay que entender esta conciencia como un concepto de la razón. Para los empiristas como Hume, la moralidad está determinada por el sentimiento, y las determinaciones morales consisten en decisiones de sentimientos y no en descubrimientos de relaciones. Kant, en cambio, trató de dar la fundamentación racional de la moralidad y para ello tuvo que buscar la relación entre un pensamiento (conciencia de subordinación) y un sentimiento (respeto). La cuestión que parece ser fundamental es la de cómo un concepto racional puede suscitar en nosotros un sentimiento que nos lleve a actuar.

Creo que Kant se dio cuenta de que un concepto racional no es suficiente para impulsarnos a la acción, sobre todo en cuestiones morales, pero como le era imposible apelar directamente al sentimiento, lo hizo de modo indirecto diciendo que el contenido racional del deber suscita, en nosotros, el sentimiento del respeto que nos lleva a actuar.

A la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785) siguió la *Crítica de la razón práctica* (1788), cuyo capítulo III, titulado "De los motores de la razón práctica pura", expone precisamente el problema del respeto. Habiendo desarrollado la idea de que el motor de la voluntad humana sólo puede ser la ley moral, Kant nos pide comprendamos *a priori* que dicha ley, como fundamento de determinación de la voluntad, debe producir un sentimiento positivo y que no es de origen empírico (conocido *a priori*).

Así pues, el respeto hacia la ley moral es un sentimiento que está producido por un fundamento intelectual y ese sentimiento es el único que nosotros podemos conocer enteramente *a priori* y cuya necesidad podemos penetrar.¹⁵

Los sentimientos surgen a partir de representaciones, las cuales pueden ser empíricas o intelectuales. Esto explica que, en ocasiones, ideas muy abstractas provoquen sentimientos. Los sentimientos morales son ejemplos de representaciones intelectuales (representaciones de objetos *a priori*). Decir que el respeto es un sentimiento producido por un fundamento intelectual, quiere decir que es efecto de la representación de la ley moral.

¹⁵ I. Kant, *CRPr*, p. 142.

En la *Critica*, Kant considerará que el respeto es el "motor para la observación de la ley moral y como fundamento para máximas de un modo de vivir conforme a ella".¹⁶ Quizás esto último parezca insignificante, pero en realidad es un paso que lo llevará a hablar del respeto en otros términos:

Y así el respeto hacia la ley no es motor para la moralidad, sino la moralidad misma, considerada *subjetivamente* como motor [...] así como el respeto es un efecto sobre el sentimiento, por lo tanto sobre la sensibilidad de un ser racional, ese respeto presupone esa sensibilidad, y por lo tanto también el carácter finito de aquellos seres a quienes la ley moral impone respeto y que no puede atribuirse respeto hacia la ley a un ser libre de toda sensibilidad.¹⁷

No hay que olvidar que Kant busca que su moral sea objetiva, universal y necesaria. De aquí que no quiera dar más espacio a los sentimientos pues los considera siempre relativos y subjetivos. Sin embargo, recurre al respeto como si aceptara que el hombre necesita un sentimiento para reconocer que la ley moral es algo digno de obedecerse. Buscar un sentimiento "moralmente puro" parece ser, para Kant, la única manera de no "contaminar"

¹⁶ *Ibid.*, p. 146.

¹⁷ *Ibid.*, p. 144.

la moralidad de relativismo y subjetividad, pero también su forma de solucionar el problema de que la razón por sí sola no mueve la voluntad.

El que Kant hable del respeto como sentimiento y "determinante subjetivo de la voluntad" no quiere decir que sea un sentimiento que algunos tengamos y otros no, pues, como seres racionales, nos vemos inevitablemente arrastrados a reconocer la ley moral. Para Kant, el respeto surge de la representación de la ley moral, a la cual mi voluntad se subordina sin mediación. Al ser racionales reconocemos la ley moral y la respetamos, pero no necesariamente la acatamos.

Sin embargo, una pregunta que convendría hacernos es la siguiente: ¿cómo excluye Kant la posibilidad de que alguien reconozca la ley moral pero no sienta respeto o la de que alguien sienta respeto por una ley que no sea la ley moral?

Veamos. Kant había señalado que el sentimiento del respeto es diferente del reconocimiento del valor moral, es decir, que no es criterio moral, ya que, de serlo, estaríamos hablando del respeto en términos de sentido moral, algo a lo que Kant, a esas alturas, se oponía. No obstante, Kant no concibe que se tenga la representación de la ley moral y no se sienta respeto. Pero, si siempre que reconozco la ley moral siento respeto, ¿por qué no puedo considerar que éste es un criterio moral?

Para salvar esta dificultad tendríamos que pensar en algo que siempre se presenta (x) cuando se da otra cosa (y), y en que, sin embargo, la prime-

ra no es criterio de reconocimiento de la segunda. Por ejemplo: supongamos que siempre que hay tos, hay catarro; yo tengo tos y, por consiguiente, pienso que tengo catarro. Alguien me dirá que la tos no es criterio de reconocimiento del catarro; pero si siempre que tengo tos, tengo también catarro, ¿por qué no habría yo de considerar que la tos es un criterio de reconocimiento del catarro?

Lo anterior me hace pensar que Kant quiso hacer una distinción entre el sentimiento del respeto y el reconocimiento del valor moral, para que éste no fuera entendido como sentido moral de la misma forma en que lo concebían los empiristas ingleses. No es un sentimiento moral el que decide qué es el bien moral. Tampoco es el sentimiento que surge de representarnos una acción lo que decide si ésta es o no moralmente buena. Si el sentimiento del respeto decidiera el contenido del bien moral, sería causa de la ley moral y entonces no habría una diferencia radical con el pensamiento de los ingleses. La ley moral se presenta subjetivamente como respeto y ya vimos que esto no quiere decir que se presente para unos sí y para otros no; quiere decir, más bien, que es el efecto de la ley moral: surge cuando nos la representamos.

El problema que se plantea aquí es que, a pesar de los esfuerzos que hizo Kant para distinguirlos, respeto y criterio moral parecen estar inevitablemente unidos, pues siempre que reconocemos el valor moral, sentimos respeto hacia él, es decir, no queda claro por qué si el respeto siempre se pre-

senta frente a la ley moral y si no puede presentarse más que frente a ella, no pueda ser considerado criterio. El hecho de que Kant haya pensado en el respeto como un "motivo", más que como una "razón" de nuestras acciones, no le permite excluirlo como un criterio de reconocimiento. Quizá la salida de Kant sea admitir que el respeto es un criterio subjetivo, pero que el reconocimiento intelectual es un criterio objetivo. Contra esto conviene tener presente la afirmación de que el respeto es un sentimiento compartido por todo sujeto moral, o al menos por todo ser humano, lo cual lo hace, en cierta medida, criterio objetivo de reconocimiento.

El paso más difícil es el siguiente: una vez que hemos reconocido el valor moral y sentido respeto hacia él, ¿qué nos lleva a acatar la ley moral? Kant diría que es una consecuencia necesaria de lo anterior, pero nosotros sabemos que no es algo que ocurra siempre así. Podemos reconocer una acción moralmente valiosa y respetarla, pero no imitarla o llevarla a cabo. Hay muchas inclinaciones que pueden y suelen desviarnos del camino hacia el acatamiento de la ley moral.

El papel del sentimiento del respeto en la ética kantiana cobra su verdadero sentido si lo vemos como un motor que puede competir contra los otros motivos de la acción. Pensemos en una balanza en uno de cuyos sus brazos estén todas nuestras inclinaciones y deseos, mientras que en el otro está el reconocimiento del valor moral, es decir, la ley moral. Podría parecer que este recono-

cimiento es demasiado abstracto o insuficiente para motivarnos a la acción. El respeto entra entonces como un motor de la acción, capaz de competir contra nuestras inclinaciones y equilibrar así la balanza.

Si bien es un sentimiento que está presente en todos nosotros, puede no "activarse" y su fuerza motriz se verá disminuida. Aquí la educación parecería desempeñar un papel importante en el sentido de que, mediante ella, podemos captar el valor de una acción y cultivar un respeto tal que nos impulse a realizarla. Sobre estas cuestiones hablaremos en el siguiente capítulo.

Por ahora, vayamos a la posibilidad de que se dé el sentimiento del respeto sin valor moral. Esta opción es fácil de eliminar si pensamos que el respeto por objetos no morales (como autoridades estatales o religiosas) no es, para Kant, verdadero respeto, sino más bien una cuestión de honra.

En la *Crítica de la razón práctica*, Kant dirá que el respeto se aplica siempre a personas y nunca a cosas y en la *Metafísica de la costumbres*, segunda parte de la "Doctrina ética elemental", habla del respeto que tenemos que manifestar a otros, no en términos de *sentimiento* surgido de comparar nuestro propio *valor* con el de otro, sino como "máxima de restringir nuestra autoestima por la dignidad de la humanidad en la persona del otro, por tanto, el respeto en sentido práctico".¹⁸

¹⁸ I. Kant, *Metafísica de las costumbres*, p. 318, 25/450.

A mi entender, lo anterior significa que el deber de respetar a mi prójimo está contenido en la máxima de no degradar a ningún otro hombre convirtiéndolo únicamente en medio para mis fines. Cuando Kant habla de "respeto en sentido práctico", creo que no debe pensarse que está hablando de una diferencia entre el respeto hacia la ley moral y el respeto hacia el prójimo. Tal distinción no existe, porque el respeto a la ley es respeto a un valor absoluto, a un fin en sí mismo (fin no condicionado) y las personas son fines en sí y suscitan respeto.

En la misma *Metafísica*, al abordar la falsa humildad, Kant dice que el hombre visto como sujeto de una razón práctico-moral se valora como fin en sí mismo (idea ya expresada en la *Fundamentación*), es decir, "...posee una *dignidad* (valor interno absoluto), gracias a la cual infunde *respeto* hacia él a todos los demás seres racionales y puede valorarse con igualdad".¹⁹

Esta dignidad que no puede perder y le infunde respeto (*reverentia*) por sí mismo es del mismo tipo que el sentimiento de respeto a la ley, ya que este último no es sino la conciencia del propio deber, según palabras del mismo Kant. Probablemente la distinción que pretendía hacer iba dirigida hacia el hecho de que no se está obligado a *honrar* a otros (sólo por ser hombres), esto es, a demostrarles una consideración *positiva*, sino que:

¹⁹ *Ibid.*, p. 299, III/11.

está implicado en el concepto de respeto, tal como estamos obligados a demostrarlo a otros hombres, y que es sólo un deber *negativo* [...] Al único respeto que estoy obligado por naturaleza es el respeto a la ley en general (*revere legem*) y esto —pero no honrar a otros hombres en general (*reverentia adversus hominem*) o hacerles algo a este respecto— es un deber humano hacia otros universal e incondicionado, (*observantia debita*).²⁰

La palabra *negativo* quiere decir aquí que los deberes hacia el prójimo, que surgen del respeto que se les debe, se expresan sólo negativamente, es decir, sólo indirectamente, a través de prohibiciones. No dicen lo que hay que hacer, sino lo que no hay que hacer. Por otro lado, Kant parece reconocer que algunas personas (las honestas y leales —pongamos aquí los valores que admiramos—) suscitan en nosotros más respeto que otras. Recordemos su ejemplo del hombre de condición baja y ordinaria que posee tal rectitud de carácter que nos hace respetarlo más que a un gran señor.

Esta referencia nos ayuda a precisar lo que Kant entiende por respeto específicamente moral. El honrar a los otros puede llevarnos a obedecerlos y caer en la heteronomía —que es lo contrario de lo que se pretende. De aquí que entender como

²⁰ *Ibid.*, p. 342, 468.

respeto el honrar a los otros se vea, incluso, como opuesto al respeto moral. El respeto específicamente moral considera a los otros fines en sí mismos y no medios para alcanzar un objetivo particular, por lo tanto, las personas son consideradas agentes morales.

El deber de respetar a mi prójimo está contenido en la máxima de no degradar a ningún otro hombre convirtiéndolo únicamente en medio para mis fines (no exigir que el otro deba rebajarse a sí mismo para entregarse a mi fin).²¹

No hay que confundir, entonces, el sentimiento del respeto, que es uno, con el sentimiento de honrar al prójimo.

Que el sentimiento del respeto es uno y el mismo se esboza ya en la *Crítica de la razón práctica* cuando se afirma que:

Cuando se considera exactamente el concepto del respeto hacia personas, se observa que descansa siempre en la conciencia de un deber, que nos da un ejemplo y que nunca puede tener otro fundamento que el moral y que es muy bueno, incluso muy útil en el aspecto psicológico, para el conocimiento de los hombres, atender [...] a la deferencia [...]

²¹ *Ibid.*, p. 319, 25/450.

que tiene el hombre en sus juicios por la ley moral.²²

La opción en la que Kant no ahondó, y que podría darnos una interpretación diferente del problema, es la que nos remite al asunto de la educación: la posibilidad de educar para captar un valor moral. El objetivo de esto es que logremos reconocer un valor moral y sentir hacia él un respeto tal, que nos impulse a la acción.

En nuestro siguiente y último capítulo veremos cómo el respeto es un sentimiento que puede fomentarse mediante la educación, de tal manera que se presente siempre que reconozcamos el valor moral de una acción y cuya fuerza sea capaz de convertirlo en motor de la acción moral.

²² I. Kant, *CRPr*, p. 148.

CAPÍTULO III

La educación, vía desatendida para fomentar el respeto

En nuestro primer capítulo hicimos una revisión de las principales filosofías que influyeron en el pensamiento kantiano durante su etapa precrítica. Nos concentramos en desarrollar la época en que Kant consideraba que el sentimiento era el fundamento de la moralidad, y expusimos las ventajas que el filósofo veía en una teoría semejante. Al final del capítulo vimos cómo y por qué Kant abandonó esta teoría inicial e hizo una crítica a la ética empírica, con la que terminó por rechazar que el sentimiento fuera el fundamento de la moral.

En el segundo capítulo, subrayamos la idea de que a pesar de su rechazo a la teoría de los "moralistas ingleses", Kant no renunció totalmente al sentimiento y, coincidiendo con Aristóteles respecto a que "el pensamiento por sí mismo nada mueve", le otorgó el papel de motor de la acción en este sentido: es posible actuar por deber (aun en contra de todas las demás inclinaciones), pero el motivo —como ya vimos— no es la ley misma sino el respeto que ésta inspira. Así es como podemos actuar meramente por respeto, que es un "sentimiento oriundo de la razón". Aquí vemos cómo reaparece el sentimiento concentrado a manera de respeto, que sí tiene la capacidad de mover la voluntad.

En este capítulo planteo una posible solución al problema de cómo conciliar la razón con el sentimiento; mi propuesta es algo en lo que Kant no ahondó: la educación. Creo que el respeto es un sentimiento que puede fomentarse, de tal forma que siempre que reconozcamos una acción moralmente valiosa sentiremos por ella respeto, y éste será capaz de impulsarnos a la acción.

La pregunta fundamental es la siguiente: ¿qué clase de educación se necesita para hacer que el individuo sea capaz de reconocer las leyes morales y de actuar en función de este reconocimiento?

Mi propuesta se basa en un tipo de educación moral que se adapte al sistema ético kantiano y que salve la brecha que se nos ha planteado entre la razón y el sentimiento.

Hemos visto que el sentimiento moral del respeto tiene la facultad de mover la voluntad e impulsarla a la acción. Dijimos también que a pesar de ser un sentimiento presente en todos nosotros, puede no "activarse" y ello disminuirá su fuerza motriz. ¿Cómo podemos "activar" un sentimiento de manera que se presente siempre que hayamos reconocido el valor moral de una acción? Me parece que en esto es fundamental la educación moral. Kant escribió al respecto:

La educación es un arte, cuya práctica ha de ser perfeccionada por muchas generaciones. Cada generación, provista de los conocimientos de las anteriores, puede realizar constantemente una educación que desen-

vuelva de un modo proporcional y conforme a un fin, todas las disposiciones naturales del hombre.¹

Kant sí habló un poco sobre este tema, incluso tiene un pequeño libro publicado en 1803: *Über Pädagogik* ("De la educación"). Esta obra consiste en los apuntes que hacía para dar sus cátedras y fue compilada por un estudiante y amigo suyo, Theodor Rink. Aunque no se trata de una obra muy completa desde el punto de vista filosófico, sí contiene algunas observaciones importantes acerca del papel que Kant le otorga a la educación. Aquí, por ejemplo, Kant dice que "únicamente por la educación el hombre puede llegar a ser hombre. No es sino lo que la educación le hace ser [...] tras la educación está el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana."²

La pauta de que Kant proponía una educación autónoma nos la da cuando, en esta misma obra, dice que la educación ha sido mal manejada por los grupos de poder: la Iglesia y los gobernantes, quienes se han centrado más en inculcar obediencia ciega que en promover la autonomía.

A Kant le interesaba desarrollar en el educando un carácter moral, es decir, la voluntad de vincularse por sí mismo a determinados principios prácticos que se prescriben por medio de la propia razón. El que estos principios sean falsos o defec-

¹ I. Kant, *Pedagogía*, p. 34.

² *Ibid.*, pp. 31-32.

tuosos no es tan grave para Kant, ya que "el hecho de querer obrar según principios firmes tiene, en sí, algo de estimable y digno de admiración [... el carácter] no habla de lo que la naturaleza hace del hombre, sino de lo que éste *hace de sí mismo*".³

En la *Pedagogía*, Kant dice: "Lo que importa, sobre todo, es que el niño aprenda a pensar. Que obre por principios, de los cuales se origina toda la acción."⁴

Estas citas demuestran el interés que tenía Kant por una educación autónoma, mediante la cual el individuo "se hiciera a sí mismo" y fuera capaz de tomar sus propias decisiones, consciente de estar actuando bajo principios. Inicialmente no importa que sean "falsos o defectuosos"; regirse conforme a ellos implica, al menos, saber que existe una ley, más adelante será fundamental que se "pulan" y se conviertan en verdaderos principios morales. Cómo interviene la educación en el perfeccionamiento de estos principios y cómo es ella capaz de fomentarlos es sobre lo que pienso hablar en este capítulo.

Las finalidades que Kant atribuye a la educación son: disciplinar al hombre, cultivarlo, hacerlo prudente o civilizarlo y moralizarlo. Esta formación es la última en la medida en que se apoya en principios que el hombre mismo debe comprender.

El hombre no sólo debe ser hábil para todos los fines, sino que ha de tener también un

³ I. Kant, *Anthropologie du point de vue pragmatique*, p. 140.

⁴ I. Kant, *Pedagogía*, p. 39.

criterio con arreglo al cual sólo escoja los buenos. Estos buenos fines son los que necesariamente aprueba cada uno y que al mismo tiempo pueden ser fines para todos.⁵

Más adelante Kant insiste en la autonomía, la libertad y la individualidad. Otorgarle valor a estos conceptos es algo que aprendemos mediante un proceso educativo:

La educación práctica o moral es aquella mediante la cual el hombre debe ser formado para poder vivir como un ser que obra libremente. Es la educación de la personalidad, la educación de un ser que obra libremente, que se basta a sí mismo y que es un miembro de la sociedad, pero que puede tener por sí mismo un valor intrínseco.⁶

La educación moral o práctica, como la llama Kant, es, pues, aquella mediante la cual el hombre debe ser formado para poder vivir como un ser que obra con libertad.

Una vez que hemos formado el carácter, lo cual se logra ejercitándose con una intención firme en el cumplimiento de ciertas máximas maduradas por la reflexión, hemos de pasar a formar un *buen* carácter.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*, p. 45.

Entre las disposiciones del orden moral, Kant postula una muy general que incluye a las demás y a la que denomina "buena voluntad", "virtud" o "buen carácter". Ésta es "la disposición a elegir únicamente fines buenos" o la disposición a actuar no simplemente *conforme* al deber, sino *por* un sentimiento del deber, no sólo cumpliendo la ley moral, sino motivados por el respeto a la ley moral.

Sabemos que dentro de la ética kantiana no se puede ser virtuoso, ni los actos pueden calificarse de buenos —aunque sean rectos por conformarse a la ley moral—, sino cuando el sujeto actúa por deber y motivado por el sentimiento de respeto a la ley moral. No olvidemos que Kant cree que el hombre virtuoso encuentra gozo en cumplir con su deber, aunque debe suponerse que no cumple con su deber para procurarse este gozo. Creo que Kant quiere llevarnos a la conclusión de que no tenemos que extirpar de nosotros todos los demás deseos y disposiciones, sino que debemos cultivar en nuestro ser el respeto con un esmero tal que siempre sea lo bastante poderoso para poder determinar nuestras acciones.

Me parece que esta cuestión de cultivar el respeto se logra mediante la educación moral, cuya tarea principal es ayudar al educando a sensibilizarse ante la presencia de la ley moral dentro de él, es decir, ésta no necesita enseñarse sino, más bien, descubrirse. Así que "sin enseñarle nada nuevo, se le hace atender tan sólo, como Sócrates hizo, a su

propio principio".⁷ "Se ha de poner atención en esto, no meterles los conocimientos racionales, sino más bien sacarlos de ellos mismos."⁸ Esta sensibilidad por el respeto hacia la ley moral se desarrolla mediante una educación que cuestione a los estudiantes apelando a su entendimiento. Pero esto se lleva a cabo cuando el individuo tiene cierta edad que le permita realizar un análisis de la moralidad, la idea primordial es que el niño, a través de la disciplina, aprenda a reprimir sus inclinaciones y aprenda también a seguir ejemplos y crear hábitos que después abandonará para forjar su propio carácter.

Respecto de la educación del niño, Kant observa que es necesario dejarlo libre, siempre y cuando no obre de modo que obstaculice la libertad de otro; propone que se le muestre que no alcanzará sus fines, sino dejando alcanzar los suyos a los demás, y considera preciso hacerle ver que la coacción que se le impone lo conduce al uso de su propia libertad; "que se le educa para que algún día pueda ser libre, para no depender de los otros".⁹

Semejante idea de la educación nos remite necesariamente al concepto de autonomía, el cual se refiere a la capacidad del sujeto para tomar sus propias decisiones y dirigir su vida sin la intervención de los demás. Para Kant, el término "autonomía" denota nuestra capacidad y responsa-

⁷ I. Kant, *FMC*, cap. I, p. 28.

⁸ I. Kant, *Pedagogía*, p. 69.

⁹ *Ibid.*, p. 43.

ESTA TERCERA NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

bilidad de saber qué nos demanda la moralidad, y nuestra determinación a no actuar inmoralmemente. Por último, debemos educar al niño para ser autónomo, es decir, para que piense y decida por sí mismo.

El niño, en tanto miembro de la sociedad, se relaciona con otros individuos y desde muy pequeño aprende que su conducta ha de limitarse conforme a lo que más adelante él mismo distinguirá como normas morales (según Kant, aún no tiene ningún concepto de lo moral). El aprendizaje de la moral por parte del niño no se inicia con su ingreso en el sistema educativo. El niño empieza por aprender que ciertas conductas son compensadas con gestos de aprecio, mientras que otras pueden ocasionar un castigo. Por ejemplo, al imaginar las posibles reacciones de sus padres, el niño desarrolla un esquema de hábitos que son principios de moralidad. Pero la educación moral no es tan sólo adquirir hábitos, supone, además, el desarrollo de la capacidad para comprender las acciones humanas, como sería el intento de comprender los motivos, las razones y los intereses que se ven involucrados al realizar un acto moral.

Precisamente sobre esto Kant dirá que "un hombre es tanto menos libre e independiente, cuantos más hábitos tiene [...]; en consecuencia, deben tomarse medidas para impedir que los niños adquieran hábitos y que nazca en ellos alguna costumbre."¹⁰

¹⁰ *Ibid.*, p. 54.

Adquirir un hábito o perderlo supone establecer una inclinación persistente sin máxima alguna, por el procedimiento de satisfacerla reiteradamente: y es un mecanismo del modo de sentir en lugar de ser un principio del modo de pensar.¹¹

Sin embargo, los hábitos parecen ser buenos pues toda educación es reiterativa (el educador debe responder siempre de la misma manera ante una falta: castigando); además, en una primera etapa el niño deberá imitar —ya que, según Kant, es incapaz de legislarse a sí mismo. No obstante, los hábitos acarrearán el peligro de una conducta mecánica, no razonada. El hábito parece bueno hasta el punto en que el individuo es capaz de regirse a sí mismo; es entonces cuando debe abandonar sus “buenos hábitos” para crear sus propias convicciones. Es en la etapa más avanzada de la formación moral, cuando el educando debe obrar bien por sus máximas y no por costumbres; en palabras del propio Kant, “que no sólo haga el bien, sino que lo haga porque es bueno”.¹²

Kant no estaría muy de acuerdo con la idea de comprender los *motivos*, las razones y los *intereses* que acompañan al acto moral, ya que, para él, lo que el alumno ha de entender es tan sólo “el fundamen-

¹¹ I. Kant, *Metafísica de las costumbres*, “Doctrina ética del método”, 52-479, p. 355.

¹² I. Kant, *Pedagogía*, p. 67.

to y la derivación de los actos por la idea del deber".¹³

Mi divergencia con Kant en este punto se basa en que él piensa que el niño no puede comprender esos fundamentos porque no tiene una razón especulativa, "no dirigida", sino una razón práctica que reflexiona sobre lo que procede según sus causas y efectos. "La razón no hace acto de presencia hasta la juventud."¹⁴ Pero, cómo se debe interpretar que, por un lado, Kant diga que debemos impedir que el niño desarrolle hábitos y, por el otro, le otorgue una razón que lo único que puede hacer es reflexionar sobre la causa y el efecto. Me parece que un razonamiento de este tipo sólo puede llevar a la conclusión de que el niño realiza actos morales por el mero efecto que producen.

Aunque Kant hace comentarios con los que coincido, no puedo dejar de ver una parte negativa en su concepción de la educación: la considera una ayuda para la moral en la medida en que puede reprimir las conductas indeseables. Kant ve en la educación represora una vía para fomentar la autocensura: se trata de reprimir al niño durante los primeros años para que más adelante se reprima él mismo.

El chico habría de verse particularmente reprimido cuando se muestra proclive a la maldad y a la malicia, así como cuando es-

¹³ *Ibid.*

¹⁴ I. Kant, *Leciones de ética*, segunda parte, p. 300.

grime una marcada inclinación a destruir y a importunar.¹⁵

Un sentimiento que contribuye a la represión del niño es la vergüenza, la cual reserva Kant para la educación moral.

Los padres no deben hablar nunca de la vergüenza a los niños, más que en el caso de que mientan, y de este modo conservarán el rubor para la mentira durante toda su vida.¹⁶

Esta concepción me parece limitada pues, en mi opinión, la educación no sólo participa negativamente en favor de la moral, sino que lo hace también de manera positiva. No es la represión la única vía para alcanzar una conducta moral. Una educación no meramente coercitiva debe ser transmisora de valores y juicios críticos, así como también un proceso que ayuda al otro a la reflexión, para que encuentre dentro de sí la verdad moral.

Pero, ¿cómo fomentar en el niño la disposición a actuar moralmente? De acuerdo con Kant, todos tenemos conciencia de la ley moral por el mero hecho de ser racionales; esto equivale a decir que tenemos la capacidad de reconocer el valor moral de una acción. Sin embargo, ¿qué se necesita para que una vez reconocido ese valor nos veamos decididos a realizar la acción moral? Ese motor ca-

¹⁵ *Ibid.*, p. 299.

¹⁶ I. Kant, *Pedagogía*, p. 70.

paz de impulsarnos es el sentimiento moral del respeto, el cual hemos descrito en el capítulo anterior. También dijimos que aunque este sentimiento puede estar presente en nosotros, podría no manifestarse y ello dificultaría nuestra disposición a actuar moralmente. Por el contrario, si siempre lográramos relacionar una acción moral con el sentimiento del respeto, esa disposición surgiría con más facilidad.

La clave está en entender que el respeto es algo inseparable de la acción moral y, para lograrlo, debemos presentarlo así desde la educación temprana.

Es cierto que en un principio la capacidad que tiene el niño para actuar moralmente se ve limitada por la aprobación o el rechazo de sus padres, lo que deriva en una conducta meramente habitual: el individuo asocia que determinada conducta es correcta porque no es criticada y si es alabada y otra es incorrecta porque no es aprobada e incluso es sancionada. De los educadores morales depende que esto persista o se transforme en un tipo de conducta que realice actos morales porque se sabe reconocer el valor que hay en ellos y respetarlo.

Pensemos en un niño que golpea a su amiguito porque éste no le dio un dulce y su conducta trae como consecuencia que su madre le prohíba ver el televisor, o salir a jugar durante una semana, o que le dé una tunda. El niño asociará golpear amiguitos con la obtención de castigos o de una tunda y procurará no volver a hacer lo mismo para evitar una sanción, pero no necesariamente entenderá qué hubo de malo en su acto, ni será sensible al daño que produjo. Si, en cambio, el adulto le hace ver al niño

que lo que hizo no fue correcto porque no puede ir por la vida golpeando a los demás para obtener lo que desea, y que debe pensar que si él se comporta de semejante forma, no está a salvo de que otro niño haga lo mismo y lo golpee para quitarle sus cosas, entonces, estaremos introduciendo al pequeño en el mundo de los fundamentos morales.

Obviamente no le podemos recetar al niño el imperativo categórico tal como Kant lo expresó, lo que sí podemos hacer es ayudarlo a que capte su significado mediante ejemplos o planteándole dilemas morales semejantes al suyo.

Pero Kant no llegó al punto de enseñarle al niño a formar un juicio crítico o un criterio mediante dilemas morales como el anterior. Al niño más que hacerlo razonar, hay que imitarlo para que se dé cuenta de lo que se siente tratar a los demás de la manera en que él los trata. Recordemos su ejemplo del niño orgulloso que golpea al niño pobre. No se le ha de decir que sea compasivo, sino que "se le debe tratar con la misma altanería y hacerle sentir cuán contraria al derecho de los hombres es su conducta".¹⁷ Esto muestra que Kant no vio la posibilidad que tiene la educación de ayudar a un niño a representarse el deber moral para que surja así el respeto.

En lo que sí puso el énfasis fue en que el educando no obre guiado por ciertos estímulos, sino por máximas, las cuales deben originarse en él mismo.

¹⁷ *Ibid.*, p. 82.

Los primeros esfuerzos de la educación moral son para fundar un carácter. Consiste éste en la facilidad para obrar por máximas.¹⁸

Tener por máxima suprema la veracidad para con uno mismo y en el comportamiento con los demás, es la única prueba de que existe en un hombre la conciencia de tener un carácter.¹⁹

Las máximas son leyes subjetivas que se derivan del propio entendimiento del hombre. Si bien es prematuro hablar de la creación de máximas en la infancia, es durante esa etapa cuando el individuo sienta las bases para el desarrollo de un carácter moral.

Considero que una buena manera de formar un carácter moral es recurrir a la literatura, dentro de la cual hay una gran cantidad de ejemplos de la vida moral. Sobre esto precisamente, en su libro *Enseñanza y filosofía*, Fernando Salmerón habla de:

La indagación de la literatura, en cuyos relatos pueden verse ilustrados aquellos ideales a partir de los cuales pueden ser comprendidas las razones de la conducta en toda su profundidad.²⁰

¹⁸ *Ibid.*, p. 72.

¹⁹ I. Kant, *Antropología*, p. 142.

²⁰ Fernando Salmerón, *Enseñanza y filosofía*, p. 101.

Efectivamente, el teatro, la poesía, la narrativa, además de reflejar valores estéticos, desempeñan un papel importante en la tarea de ejemplificar principios morales y de comprender la conducta humana. No podemos reducir la enseñanza moral a la impartición de información que queda contenida en principios, es necesario también que se nos presente una problemática, una situación moral en la que se advierta cómo entran en juego tales principios y cuáles son las consecuencias de optar por uno o por otro.

En la literatura, los principios morales "cobran vida"; ahí, el ser humano los goza, los sufre y, por así decirlo, los padece, por ellos es capaz de vivir, luchar o morir. De modo que, en mi opinión, la literatura es una fuente primordial para la formación moral del hombre, pues desarrolla su capacidad crítica y su sensibilidad ante el conflicto moral.

De la exigencia de Kant respecto a que el educando debe elaborar por sí mismo máximas a las que pueda adherirse y que logre ver convertidas en universales, se explica que a veces impugne el uso de ejemplos —que se traigan a cuento hechos o personajes— como parte de la educación moral y diga que podría entenderse que, mediante ellos, se fundan o pueden probarse los principios éticos. En realidad, la razón por la que se pueden escoger tales hechos como ejemplos está en que ya se conocen los principios.

El peor servicio que puede hacerse a la moralidad es quererla deducir de ejemplos.

Porque cualquier ejemplo que se me presente de ella tiene que ser a su vez previamente juzgado según principios de la moralidad, para saber si es digno de servir de ejemplo, de modelo [...]. El mismo Santo del Evangelio tiene que ser comparado ante todo con nuestro ideal de la perfección moral, antes que le reconozcamos como lo que es [...]. La imitación no tiene lugar alguno en la moral, y los ejemplos sólo sirven de aliento, ponen fuera de duda la posibilidad de hacer lo que la ley manda; nos presentan intuitivamente lo que la regla práctica expresa universalmente.²¹

En la *Critica de la razón práctica*, Kant insinúa que habrán de emplearse todos los medios para impedir que el niño conceda valor moral o vea incentivos propios para la moral en algo que no sea el respeto al deber. Kant piensa que cuando se logra que un niño contemple el deber bajo su propia luz, entonces se abrirán paso sus sentimientos morales innatos o el respeto que siente por la ley moral, y se convertirán en incentivos para que proceda conforme a ella.

Sin embargo, me parece que la discusión de casos reales o de los que presenta la literatura no sólo sirve para que los niños comprendan cuáles son sus deberes, sino también despierta su interés

²¹ I. Kant, *FMC*, cap. II, p. 31.

por la moralidad. El propio Kant parece reconocer esto más adelante:

No sé por qué los educadores de la juventud no han hecho uso, desde hace tiempo, de esa tendencia de la razón a emprender con gusto el examen más sutil, cuando las cuestiones propuestas son prácticas.²²

Se permite ahora la exposición de ejemplos tomados de la historia y de las biografías que muestren todo tipo de acciones apegadas al deber, y

con los cuales, principalmente comparando acciones semejantes en circunstancias diversas, pondrían en juego el juicio de sus educandos en el discernimiento del mayor o menor contenido moral.²³

La imitación de ejemplos no tiene nada que ver con la madurez moral, según Kant; sin embargo, no deja de decir que:

la imitación es para el hombre todavía inculto la primera determinación de la voluntad para aceptar máximas que adopta en lo sucesivo.²⁴

²² I. Kant, *CRPr*, segunda parte, p. 196.

²³ *Ibid.*

²⁴ I. Kant, *Doctrina de la virtud*, segunda parte, 52-479, p. 355.

Lo que Kant quiere dar a entender es que nunca habrá que presentar los ejemplos como si éstos pudieran dejar establecidas las máximas.

Porque las máximas consisten justamente en la autonomía subjetiva de la razón práctica de cada hombre, por lo tanto, no nos ha de servir de móvil el comportamiento de otros hombres, sino la ley [...] El buen ejemplo (la conducta ejemplar) no debe servir como modelo, sino sólo como prueba de que lo prescrito por el deber es factible.²⁵

Para Kant, el ejemplo debe mostrar lo que significa una conducta correcta y su posibilidad; pero hay que tener cuidado al usar ejemplos, para que lo que comienza por ser una mera imitación termine siendo un respeto puro hacia la ley moral.

Se puede decir que los ejemplos sirven para ilustrar, pero no para demostrar. En esto Kant parece ser muy socrático, pues opina que lo ideal es ayudar a que el otro descubra por sí mismo el bien que hay en determinada máxima y, para lograrlo, uno podría servirse de ejemplos, pero no tratando de demostrar nada a través de ellos (poseen sólo un valor analógico, es decir, se trata de ver en ellos algo similar a lo que se desea descubrir por uno mismo).

²⁵ *Ibid.*, 52-480, p. 356.

Por otra parte, Kant dice que la literatura y la historia —de donde se extraen quizá los mejores ejemplos— no son convenientes en las primeras etapas de formación. En éstas es mejor usar ejemplos comunes de la vida diaria. Recordemos el ejemplo que plantea si es justo o no dar a un necesitado el dinero destinado al pago de una deuda; Kant resuelve fácilmente el problema diciendo que, cuando doy el dinero a los pobres, hago una obra meritoria, pero, al pagar mi deuda, hago lo que debía hacer.²⁶ Me parece que Kant utiliza esta clase de ejemplos para evitar dilemas y complicaciones morales que lo llevarían a consideraciones que no contempló.

Habíamos dicho que el respeto hacia la ley moral se desarrolla mediante una educación que cuestione a los estudiantes apelando a su entendimiento. Algo semejante propone Kant con su método dialógico o socrático, en el que el maestro inicia con los educandos un diálogo basado en preguntas que los ayuden a aclarar sus pensamientos.

El maestro pregunta a la razón de su alumno lo que quiere enseñarle y, en el caso de que no sepa responder a la pregunta, le pone la respuesta en los labios (guiando su razón).²⁷

Sin embargo, no es necesario esperar a la edad adulta del educando para aplicar este tipo de edu-

²⁶ I. Kant, *Pedagogía*, p. 83.

²⁷ I. Kant, *Doctrina de la virtud*, segunda parte, 52-480, p. 357.

cación. Me parece que con los niños podemos mantener este tipo de diálogo, siempre y cuando dejemos en claro que el problema que se está planteando corresponde al ámbito de lo moral.

Muchas veces prohibimos al niño ciertas conductas o le decimos que hacer tal o cual cosa "es malo" o que "no se debe", pero rara vez le damos una explicación de por qué *es* así. Por ejemplo, a un niño que miente, generalmente se le dice que mentir es malo porque no se le creará en lo futuro; cabe pensar que, en un primer momento, el niño puede tener miedo de perder la confianza de sus padres y deje de mentir, pero también puede ocurrir que, conforme vaya creciendo, la vida se encargue de mostrarle que se puede mentir sin ser descubierto y, entonces, el individuo perfeccionará su manera de mentir de manera que no sea descubierto.

Si, en cambio, se le hace ver que la educación moral que se le brinda tiene por objeto su perfeccionamiento como ser humano, estaremos inculcándole la idea de hacerse mejor a sí mismo y en esto coincido con Kant, quien dice que "en la educación está el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana".²⁸

Presentar la mentira, en este caso, como algo que nos aleja de ese perfeccionamiento, de ese "ser mejores" por mérito propio, crea en el niño una especie de conciencia moral, la cual es capaz de distinguir una acción correcta de una incorrecta, de hacernos sentir respeto por la primera y de asociar

²⁸ I. Kant, *Pedagogía*, p. 32.

su realización con una manera de alcanzar esa perfección a la cual todos tendemos.

Creo que la idea clave es que nosotros sentimos respeto hacia la ley moral porque la reconocemos como algo cuyo cumplimiento nos acerca a nuestro perfeccionamiento y es de ahí de donde se deriva la fuerza motora de este sentimiento para impulsarnos a la acción. Podría objetarse que parto del principio de que todos los seres humanos buscamos el perfeccionamiento moral, pero estoy convencida de que así es y Kant estaría de mi lado al preguntarse:

¿Cómo se ha de propiciar esa perfección?
No existe otro camino salvo el de la educación. Ésta ha de adecuarse a todos los fines de la naturaleza y de la sociedad, tanto civil como doméstica.²⁹

A lo largo de nuestras vidas enfrentamos decisiones angustiosas, decisiones morales de diferentes magnitudes: unas grandes, otras menores. Nos definimos por las elecciones morales que hacemos. Somos la suma de ellas y creo que en cada una buscamos siempre elegir correctamente, o al menos mejor que la vez anterior.

Continuamente estamos decidiendo qué opción tomar, qué camino seguir o qué hacer y en todas nuestras opciones se presenta la necesidad de analizar cuál es *la* mejor, cuál es *la* correcta. Es

²⁹ I. Kant, *Lecturas de ética*, p. 302.

cierto que no siempre actuamos motivados por el deber, pero, aun así, podemos reconocerlo y respetarlo y esto nos puede ayudar a que, quizá, si esta vez no lo logramos, en nuestra próxima decisión optemos por actuar moralmente, o incluso recapacitemos y nos inclinemos finalmente hacia una conducta inspirada en el deber.

La mayoría de nuestros conflictos se derivan del hecho de que sabemos reconocer una acción moralmente valiosa pero no encontramos la motivación suficiente (o un motivo suficientemente fuerte) como para imitarla o seguirla. Creo que una conducta moral no se logra de la noche a la mañana; seguramente nuestra primera elección moral no fue la correcta, pero puede ser que la segunda haya sido mucho mejor. Estamos conscientes de que las decisiones que tomamos nos pueden acercar o alejar de ese perfeccionamiento hacia el cual todos tendemos, y por ello queremos hacer "lo que debemos".

El éxito de la educación moral depende de la manera como inculquemos en el educando el concepto de perfección. No se trata de atormentarlo con la idea de la excelencia, ni de compararlo con otros niños "más aplicados" o "más buenos" que él, sino de infundirle, de la manera en que ya explicamos, el sentimiento del respeto, el cual no sólo hace referencia a la ley moral, sino que comprende también el respeto que sentimos por nosotros mismos como seres capaces de perfeccionamiento moral: respetamos aquello que nos hace ser mejores.

Bibliografía

I. Obras de Kant:

- Kant, I., *Fundamentación de la metafísica de las costumbres [FMC]*, Porrúa, México, 1990.
- Kant, I., *La metafísica de las costumbres [MC]*, trad. Adela Cortina Orts, Tecnos, Madrid, 1989.
- Kant, I., *Crítica de la Razón Práctica [CRPr]*, Porrúa, México, 1990.
- Kant, I., *Lecciones de ética*, Crítica, Barcelona, 1988.
- Kant, I., *Observations sur le sentiment du beau et du sublime*, Seuil, París, 1969.
- Kant, I., *Pedagogía*, Akal, Madrid, 1983.
- Kant, I., *Anthropologie du point de vue pragmatique*, J. Vrin, París, 1988 (Librairie Philosophique).
- Theoretical Philosophy 1755-1770. The Cambridge Edition of the Works of Immanuel Kant*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

II. Otras obras consultadas:

- Acton, H.B., "The Moral Motive" en *Kant's Moral Philosophy*. Macmillan, Londres, 1970.
- Allison, H.E., "Duty, Inclination, and Respect" en *Kant's Theory of Freedom*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
- Aristóteles, *Ética nicomaquea*, trad. de Antonio Gómez Robledo, Porrúa, México, 1990.
- Encyclopedia of Philosophy, The*, Macmillan, Nueva York, 1967.
- Guyer, P., "Duty and Inclination" en *Kant and The Experience of Freedom: Essays on Aesthetics and Morality*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

- Hume, David, *Investigación sobre los principios de la moral*, Losada, Buenos Aires, 1945.
- Hume, David, *Tratado de la naturaleza humana*, Porrúa, México, 1977.
- Salmerón, F., *Enseñanza y filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- Schlipp, A., *La ética precritica de Kant*, trad. Jerónimo Muñoz y Elsa Cecilia Frost, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1966.
- Schneewind, J.B., "Autonomy, Obligation and Virtue: an Overview of Kant's Moral Philosophy", en *The Cambridge Companion to Kant*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
- Sullivan, R.J., *Immanuel Kant's Moral Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- Ward, Keith, *The Development of Kant's View on Ethics*, Oxford University Press, Oxford, 1972.
- White Beck, L., "Kant on Education" en *Essays on Kant and Hume*, Yale University, Yale, 1978.
- White Beck, L., *A Commentary on Kant's Critique of Practical Reason*, The University of Chicago Press, Chicago, 1960.